

DON'T DISTURB

CRÓNICA DE UN ENCUENTRO EN
CARTAGENA DE INDIAS

Eduardo Contreras Villablanca



Eduardo Contreras

DON'T DISTURB:
Crónica de un encuentro en Cartagena de Indias



863. Ch Contreras, Eduardo
C Don't Disturb: Crónica de un encuentro
en Cartegena de Indias.
Santiago de Chile: MAGO Editores, 2009
86 p.; 21 cm.
ISBN: 956-8249-31-1
1. Narrativa chilena.

© Copyright 2009 by Eduardo Contreras
Primera edición: octubre 2005
Segunda edición: octubre 2009
Colección **Viaje al fin de la noche**
Director: Máximo G. Sáez

Edita y Distribuye MAGO Editores
Merced N° 22 Of. 403, Santiago de Chile
Tel/ Fax: (56-2) 638 6605 - 664 5523
editorial@magoeditores.cl
www.magoeditores.cl

Registro de Propiedad Intelectual N° 129.622

ISBN: 956-8249-31-1

Diseño y Revisión: MAGO Editores

Impreso en Chile/ *Printed in Chile*

Derechos Reservados

DON'T DISTURB: Crónica de un encuentro en Cartagena de Indias.

Eduardo Contreras Villablanca

Prólogo:

Parte importante de la motivación inicial de esta novela, fue el secuestro de la candidata Ingrid Betancourt a manos de las FARC en el año 2002, me impactó su captura durante mi estadía en Colombia en el verano del ese año. En ese marco nació esta historia, que si bien no la tiene como protagonista central, le otorga un papel clave. El mensaje de esperanza para ella y para sus familiares, afortunadamente ya es algo del pasado.

Primer tiempo: fuera de juego

Va viajando Nudo Noche

Me daría

cristaleras

tanto azar

y noche y noche

Que tenía la borrasca

Noche y noche

Apoteosis

Vicente Huidobro

Altazor

I

Antonio apuró el último trago de whisky, le entregó el vaso a la azafata que pasaba a su lado, se arrellanó lo mejor que pudo en su asiento, y trató de concentrarse en la lectura de “La hija del caníbal”.

De todo el *boom* de escritoras hispanoamericanas de los años 90, Rosa Montero era la que más lo convencía, sus temas le parecían universales. Le aburrían los temas intimistas de Zoé Valdés, y todas las que escribían para el mercado cautivo de las mujeres olvidándose de los lectores del sexo opuesto, le desagradaba además la estupidez de los personajes femeninos de algunas de esas novelas. En su opinión esas escritoras competían por degradar la imagen de su género, creando personajes cuyos pensamientos difícilmente iban más allá de sus entrepiernas. Ese tipo de novela intimista y de exploración de la sexualidad femenina, a su juicio ya había alcanzado con Anais Nin una cima de carácter universal, difícil de emular. Después de las hermanas Bronté, la propia Anais Nin, o de una Marguerite Yourcenar, pocas de las escritoras contemporáneas que inundaban las librerías lograban satisfacer sus expectativas, Rosa Montero era una de ellas.

De modo que se sumergió en la historia, y no se percató de cómo pasaba el tiempo cuando ya estaba aterrizando en el aeropuerto de Bogotá. Al bajar del

avión, tomó el periódico El Mundo desde el respaldo del asiento delantero. Quizás valdría la pena aprovechar las tres horas de escala que tendría que hacer en el puente aéreo, para interiorizarse un poco más de la realidad del país al que llegaba. Mientras lo trasladaban en el bus hacia otro terminal, le dio un vistazo a las noticias, comprobó que no era cualquier país el que organizaba el Congreso, el evento se haría en un país cuyo gobierno acababa de romper el diálogo con las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia, las FARC, la guerrilla más antigua aún activa en América Latina, dando paso a una violenta contra ofensiva. Algunos comentaristas señalaban que las maniobras militares del gobierno pretendían ser la réplica, a escala colombiana, de la llamada “guerra contra el terrorismo” declarada por G.W. Bush después del derrumbe de las Torres Gemelas.

Él no venía a un Congreso relacionado con el fallido diálogo ni con el reinicio de la guerra, aunque en otra época bien podría haber participado en uno de ese tipo. Mientras bajaba del bus y caminaba por la losa del aeropuerto hacia el Centro de Conexiones, se le vinieron a la mente los años turbulentos de la primera mitad de los 80, cuando contribuyó a la formación del llamado “Frente cero”, embrión del FPMR, y a la labor de inteligencia desarrollada para esa organización hasta el cisma post atentado.

Pensó en la paradoja de visitar un país convulsionado por la amenaza de una organización que alguna vez había sido considerada por él como cercana. Pero las vueltas de la vida lo habían llevado a él a ser un razonablemente exitoso ejecutivo de una agencia especializada en investigaciones de mercado, a las FARC

a ser una organización con oscuras ligazones con el narcotráfico, y algunos ex miembros del FPMR a transmutarse en secuestradores de empresarios en Brasil.

Presentó a la funcionaria de Avianca su *Boarding Pass* de continuidad para Cartagena de Indias. Trató de fijar la mirada en sus ojos cafés, para no evidenciar su interés en el generoso escote de la joven.

- Si es tan amable por este pasillo diríjase al puente aéreo para vuelos nacionales, allí le indicarán la sala de embarque del vuelo 096 para Cartagena, aquí está su pase a bordo, muchas gracias. ¡El siguiente!

Antonio caminó cargando el bolso con su computador, y sus pensamientos cambiaron bruscamente a su ponencia sobre “Aplicaciones de análisis de *clusters* al procesamiento de datos obtenidos de entrevistas en profundidad”. Le embargaba cierta inseguridad por lo rocambolesco del nombre, un título algo pomposo para lo que él realmente manejaba del tema. Su verdadera especialidad eran las entrevistas en profundidad, había estudiado tres años de sicología, a duras penas en medio de los avatares de su militancia. Pero estaba convencido de que su éxito como conductor de entrevistas y grupos focales, venía de la experiencia de aquellos lejanos años de actividad clandestina, más que de sus estudios incompletos en la Universidad.

Aquellos seis semestres cursados desordenadamente a lo largo de seis años, se le diluían entre tantos hechos que lo habían marcado con fuerza en esos tiempos. La experiencia de meses y años analizando en detalle información de prensa, entrevistándose con dirigentes de los aproximadamente diez partidos de oposición

de la época, y con dirigentes sindicales, estudiantiles y vecinales, lo habían transformado en un “levantador de información”, se veía a sí mismo como un temprano prototipo de lo que luego serían los “motores de búsqueda” en Internet.

Bajó del bus y se encontró una funcionaria, la juzgó menos buena moza que la anterior. Ella le dirigió una sonrisa digna de la promoción de un dentífrico:

- El vuelo 096 se aborda en la sala número cuatro dentro de tres horas, es decir a las cinco P.M. Bienvenido.

Caminó hasta llegar a un centro comercial, sin divisar ningún cartel que indicara donde encontrar las salas de embarque. Lo que sí halló fue una pantalla de circuito cerrado colgando de un andamiaje metálico adosado al techo, se alcanzaba a divisar un cuadro con el resumen de horarios de salidas de vuelos. En esa pantalla se indicaba que el vuelo salía a las cuatro P.M. y que se abordaba por la sala de embarque número seis.

Le preguntó a un guardia cómo llegar a la sala cuatro y el hombre gentilmente le indicó una escalera que conducía a un segundo piso. Se dirigió hacia allí y se detuvo en un kiosko a la salida de la escalera. Compró un *donuts* con la intención de paliar en parte el hambre que le comenzaba a corroer las tripas, debido a lo modestia del almuerzo en el vuelo Santiago – Bogotá.

Caviló mientras mascaba la rosquilla, lo más probable es que esos fueran los motivos por los cuales había hecho una carrera meteórica en MegaSearch, desde que llegó como estudiante en práctica en la época del inicio de la interminable transición a la democracia.

En esa época en que iniciaba sus actividades laborales, recordó como los conocidos y compañeros de trincheras de su edad se dividían en grupos; los que intentaban (con poca fortuna) reinsertarse en una vida ciudadana iniciando estudios técnicos o universitarios con un retraso de años, aquellos que buscaron iniciar actividades empresariales, apostando a hacerse ricos sin invertir, y algunos que abiertamente se deslizaron hacia una vida de delincuencia, estos últimos con resultados aún peores que los restantes miembros de la diáspora post muro de Berlín.

Antonio, sin contar con una carrera, se había ubicado dentro de un cuarto grupo más afortunado, el de los que habían podido estudiar algo durante aquellos tiempos violentos, y que se incorporaron de forma menos traumática al mundo laboral de la somnolienta democracia que tan poco se parecía a lo que habían buscado.

Después de haber dirigido más de cuarenta estudios de mercado, bien se merecía ser el expositor en el Congreso de Investigación de Mercados en Cartagena, pero realmente el tema de análisis de *clusters* era una caja negra para él. Concluyó que sus análisis de inteligencia de la época militante, no habían sido más que estudios de mercado respecto a la viabilidad y el apoyo de la población hacia ciertas políticas y estrategias para enfrentar a la dictadura.

Habían sido años de temor. Muy distinto a las aprensiones que sentía ahora por el Congreso. Había insistido en que enviaran a un ingeniero especialista en el software de procesamiento de datos, pero en la empresa lo convencieron de que

bastaba con exponer en detalle la metodología de recopilación de información en las entrevistas, la sistematización de los datos para el análisis de *clusters*, y una explicación detallada de los resultados posibles de obtener en base algunos casos de ejemplo.

Abrió el periódico que había sacado del avión y leyó el titular que destacaba el secuestro, por parte de la guerrilla, de la candidata presidencial opositora Sonia Bustamante. Era una mujer joven, bastante atractiva. Había viajado con un grupo de sus partidarios a la ex zona de distensión de El Caguán, el gobierno acababa de desalojar de ahí a las FARC luego de romper la tregua. Aparentemente la mujer había realizado este peligroso viaje en contra la voluntad del gobierno que estimaba que la situación aún no estaba suficientemente controlada.

Se levantó y sacó su computador personal del bolso y lo abrió para revisar su presentación, recordó que la última versión estaba en un CD, comenzó a buscar en el bolsillo exterior del bolso. Había más de 15 CDs revueltos, la mayoría sin etiqueta.

Se recriminó por su desorden y luego se tranquilizó al recordar que había puesto a lo menos dos CDs con la presentación final en ese bolsillo, en el apuro no les había puesto etiquetas, pero en algunos de esos debería estar. Decidió revisarlos más tarde.

En ese momento reparó que entre reflexiones y lecturas había pasado casi una hora y no veía más pasajeros esperando el vuelo 096 en esa sala, así que se

levantó y se dirigió a una funcionaria que portaba colgando del cuello una vistosa tarjeta de la Dirección Nacional de Aeronáutica.

- Disculpe, el vuelo a Cartagena figura en la pantalla a las 4 P.M, o sea despegando dentro de una hora, embarcando en la puerta seis. Sin embargo en el Centro de Conexiones me indicaron esta sala cuatro y embarque a las 5 P.M.

- Déjeme consultar – apretó un par de teclas de su *Walkie Talkie* mientras revisaba el *boarding pass* de Antonio- ¿Sí? OK. Me dicen que es en la sala seis embarcando a las 4 P.M.

Antonio dio las gracias y se encaminó en la dirección que le señalaban con el *Walkie Talkie* a modo de puntero. Llegó a la entrada de la sala seis, donde encontró otra pantalla en la que se podía leer que el vuelo 096 salía a las 4 P.M. por la puerta número ocho. Había una cola de gente que ya estaba abordando otro vuelo por la sala seis.

Frunciendo el seño se abrió paso hasta las azafatas que estaban controlando el ingreso de pasajeros, les explicó el periplo que había seguido hasta llegar hasta allí y las diversas informaciones contradictorias que había obtenido. Las azafatas le aseguraron que la información expuesta en la pantalla en ese momento era lo correcta, y que en ese minuto estaban embarcando el vuelo a Cartagena por la sala ocho.

Bajó rápido la escalera preguntándose cómo lo habría hecho el resto de los pasajeros que hacían la misma combinación Santiago - Bogotá - Cartagena.

¿Estarían despistados en la sala cuatro o en la seis?, ¿perderían algunos el avión pensando que la salida era a las 5 P.M?

A esas alturas ya dudaba que efectivamente la sala ocho fuese la correcta, se alegró de que todo lo relacionado con su presentación fuera en el bolso del computador. Pensó que si hubiese traído sólo los CDs, probablemente los habría metido en la maleta, y seguramente irían en ese momento volando hacia Barranquilla o algún otro lugar, en cualquier vuelo que no fuese el 096.

Pero contra sus recelos y desconfianzas, pudo comprobar al llegar a la sala ocho que esta vez había sido bien encaminado. Se incorporó a la larga cola sin entender como los otros pasajeros habían logrado llegar antes que él. La fila avanzó lentamente.

Cuando estaba a dos personas de llegar hasta la azafata y entregar su pase, vio de reojo a una mujer que se acercaba corriendo con un cochecito con un bebé. La mujer se ubicó detrás de él en la fila. No alcanzó a darse vuelta para mirarla, cuando escuchó su susurro, jadeante aún por la carrera, hablándole al oído:

- Señor, por favor, me permitiría que entremos de la mano, necesito aparentar que viajamos como familia, es sólo aquí en la mesa de embarque, ¿puedo pasar como su mujer?

Antonio se volvió sorprendido a observarla. Le pareció atractiva, como la mayoría de las colombianas que había visto hasta ese momento, el pelo negro azabache amarrado a la cabeza por un pañuelo la daba un aire casi musulmán. Le

resultó raro en ese ambiente tropical, no así sus anteojos oscuros, los labios gruesos, y las caderas prominentes.

La fila avanzaba y no tuvo tiempo de observarla más. Mientras todo tipo de hipótesis inquietantes se le pasaron por la cabeza: narcotráfico, mulas de drogas, delincuentes escapando de la policía, ¿habría realmente un niño en el cochecito?

Tomó su decisión rápidamente, sopesando los riesgos de estar en un país desconocido. Se guardó en el bolsillo su atracción por la hembra y le respondió cortante:

- No. Lo siento, adiós.

Dio media vuelta justo a tiempo de pasarle su *Boarding Pass* a la azafata. Cruzó la puerta de salida y descendió por la escalera hasta la losa del aeropuerto de vuelos nacionales.

Le tocaba abordar por la puerta trasera del avión. Mientras subía por la escalerilla, volvió la vista hacia su izquierda y vio que la mujer estaba abordando por la puerta delantera. Llevaba efectivamente un bebé y un tripulante le ayudaba a doblar el coche.

II

Luego de finalizar su presentación en el Congreso, Antonio abordó un Taxi que lo condujo al casco antiguo, la imponente ciudad colonial amurallada. Le pareció asombroso el parecido con la zona vieja de la capital de Cuba.

Entró a beber una Cuba Libre en un bar de la Plaza de Santo Domingo, idéntica a la Plaza de la Catedral de la Habana, y trazó un paralelo arquitectónico con la capital de la Isla: “si esto fuera Cuba, en esa calle estrecha estaría la “Bodeguita del Medio”, miró hacia la calle homóloga y se sorprendió al comprobar que allí estaba la Bodeguita, una réplica exacta del afamado bar predilecto de Hemingway, y con el mismo nombre luciendo en el cartel de la entrada.

Apuró el resto de Cuba Libre, pagó y se encaminó hacia el clon del bar habanero. Por el acento de los dependientes comprobó que eran cubanos, y que además no eran anticastristas. Todo lo contrario, el bar estaba decorado con fotografías del Che, Fidel, Camilo y varios guerrilleros desconocidos probablemente colombianos. Identificó en algunas de esas fotos una atractiva rubia idéntica a la mujer que estaba en la caja emitiendo una boleta, la de la foto estaba rodeada de jóvenes, casi niños, armados de fusiles.

Se sentó en una mesa vacía y ordenó un vino chileno, un plato de ropa vieja con congri y yuca al mojo del ajo. Cuando se estaba despachando la segunda copa de vino, tuvo la certeza de que estaba siendo observado por un comensal de la

mesa contigua. Lo miró y resultó ser un rostro conocido, ¿sería chileno?, el hombre al darse cuenta de que Antonio lo miraba, se levantó de su mesa y se dirigió hacia él.

- Disculpa, por casualidad no eres Antonio, ¿Antonio Feger?
- Sí... ¿y tú eres?
- ¡Putá huevón!, soy Sergio Alcayaga, ¿te acuerdas de mí?

Todos los recuerdos acudieron de golpe a su mente, era un ex frentista, quizás lo seguía siendo. Se habían conocido en algunas reuniones de coordinación en aquellos años, después habían trabajado juntos durante bastante tiempo. Sergio había desaparecido misteriosamente, (al menos para Antonio, un buen tiempo antes de la llegada de la democracia.

- ¡Claro que me acuerdo!, ¿se puede saber qué estás haciendo aquí?- Antonio se incorporó y abrazó afectuosamente a su ex compañero.

- Mi historia es larga ¿qué estás haciendo tú aquí?
- Ahora trabajo en una agencia de investigación de mercado, y vine a un Congreso, vuelvo a Chile en menos de una semana, pero cuéntame de ti.

- Bueno, resumiendo, en aquella época me nombraron encargado de relaciones internacionales, en particular con el M 19 de acá, así que me tocaba venir bien seguido, y conocí a una compañera colombiana del movimiento, trabaja aquí, es una rucia que estaba hace un rato en la caja, se llama Maira.

- Sí, la ví Bien buenamoza es. Sale en algunas de estas fotos. - Hizo un gesto con la cabeza indicando la pared.

- Bueno la cosa es que me enamoré y vivo con ella ahora. Decidí quedarme acá. Nos costó hartito, la situación era bien complicada, nos costaba vernos, pero desde que se desmovilizó el M 19 hace tres años, logramos pasar a llevar una vida normal. ¡Putita que bueno que se te ocurrió pasar a la Bodeguita! Maira es propietaria del bar, junto con unos amigos, todos ex - M19.

- Todavía no me convengo de este encuentro. Me alegro por ti ¿y a qué te dedicas ahora?

Sergio le contó sobre sus actuales actividades, trabajaba en el diario del ex movimiento guerrillero que ahora contaba incluso con parlamentarios y alcaldes en varias ciudades importantes del país. La reinserción a la política tradicional por el momento parecía exitosa, el apoyo de El Gabo al proceso había resultado decisivo.

Le presentó a su compañera quien se integró a la mesa a conversar con ellos. Después de un par de botellas de vino se habían puesto al día de las novedades en las vidas de cada uno.

Antonio se extrañó de no haberlo reconocido desde el primer instante. Aunque se explicaba en parte por los kilos demás y sobre todo los pelos de menos que habían alterado notoriamente la apariencia del otrora atlético Alcayaga. No había sido sólo un compañero más. De hecho habían sido bastante amigos en esos años difíciles. Recordó que Sergio había sido el que en aquella época lo había persuadido de que valía la pena leer a Vicente Huidobro.

Difícilmente lo hubiera leído sin ese impulso, Sergio le había prestado ese “Altazor” que aún reposaba en el librero de su departamento en Santiago. Antonio se había impresionado mucho con el libro, al punto de llegar a inspirarse durante una noche de borrachera, para escribir un texto dedicado al poeta. Durante un tiempo intentó recordar el poema. No pudo rememorar ni una sola línea. Antonio reparó en que una vez más se había evadido involuntariamente de una conversación. Solía ocurrirle, sobre todo después de unas copas.

No importaba lo interesado que pudiera estar en el tema que se tratara, ni lo bien que lo estuviera pasando con sus interlocutores, de pronto sin darse cuenta se sumergía en soliloquios, recuerdos y análisis, mientras proyectaba hacia el mundo exterior un rostro que podía ser el vivo reflejo de interés y la concentración.

Conscientemente se desconectó de sus recuerdos y renunció a recordar la oda a Huidobro, para dedicarse a disfrutar de la alegría del reencuentro con Sergio. Su amigo y Maira le estaban contando los detalles de la última campaña parlamentaria en la que un ex comandante, amigo personal de ellos, había resultado electo senador.

Y la tertulia se prolongó hasta que los comensales ralearon en la Bodeguita. Fue entonces que Antonio preguntó dónde podía seguir la juerga por su cuenta. Sus amigos se habían excusado argumentando que ambos tenían que madrugar para llevar su hija a la escuela.

III

Ya entraba la noche cuando se despidió de Sergio, con el compromiso de juntarse en el mismo lugar al día siguiente. Cuando ya estaba cruzando la puerta de salida, Antonio escuchó que su amigo le gritaba:

- Oye, si quieres seguir la juerga ahora, te recomiendo que te subas a una Chiva Rumbera, son esas micros antiguas pintadas de colores, es re barato y te van sirviendo ron todo el viaje, llevan una orquesta adentro, una que toca ballenatos, cumbias y salsas, pasean por la ciudad y huevean de lo lindo, ya te habrás dado cuenta que aquí la gente es super alegre.

- ¿Dónde se toman esas micros?

- Anda a cualquier hotel, pasan como a esta hora, aquí cerca está el Hotel del ex convento de Santa Teresa.

- Ya pues, para allá voy.

Salió a la estrecha calle de Santo Domingo y se fue caminando lentamente con la esperanza de despejar un poco su cabeza algo embotada por el alcohol. La humedad le pegó la camisa a la piel. A muy poco andar se encontró con el hotel y efectivamente había un bus pintado de colores, la parte trasera despejada de asientos cobijaba a una orquesta de una decena de músicos con trompetas, bongoes, tumbadoras y guitarras. La Chiva ya estaba con el motor en marcha.

Pagó su entrada a un mulato que le entregó unas maracas y una botella de ron y trepó a uno de los pocos asientos que aún quedaban disponibles.

Media hora después se sintió absolutamente borracho y eufórico mientras la orquesta atronaba con “Carito” uno de los últimos éxitos de Carlos Vives. La Chiva se estremecía al compás del baile desatado entre los pasajeros, mayoritariamente turistas colombianos y algunos gringos identificables tanto por su rubicundez alcohólica como por lo arrítmico de sus meneos.

De pronto reparó en una rubia que iba sentada dos filas más adelante. La había visto subir en el hotel del ex convento, y en ese momento no le había parecido demasiado atractiva. En realidad no era precisamente bonita, pero se había sacado la blusa y ahora se le alcanzaban a ver unos pechos voluptuosos, escasamente cubiertos por la parte superior de un bikini ínfimo. La rubia lo miró y le obsequió una risa y una mirada coqueta.

Antonio se dedicó a observarla con más atención. No podía despegar los ojos del bamboleo de esos senos que se sacudían al ritmo de la música cuando ella se paraba a bailar, y al compás del traqueteo de la Chiva cuando se sentaba.

Ella iba en el último asiento de su fila, sentada de espaldas a la ventana, mirando hacia el resto de los pasajeros de esa banca, de forma que el generoso movimiento de sus senos casi nunca quedaba oculto para Antonio. Cada media hora la Chiva paraba en algún bar o plaza para que los pasajeros comieran algo o simplemente fueran al baño. Decidió que en la siguiente parada tenía que abordarla.

Pararon en la orilla de una de las viejas murallas que acordonaban la ciudad, la vio bajar y ella nuevamente se volvió hacia él con una sonrisa. Pudo comprobar que el resto de su figura no desmerecía a sus argumentos superiores. Unas nalgas caribeñas prominentes que emergían de una cintura de avispa, en parte desnudas gracias a un short pequeño y apretado que le permitía lucir la parte inferior de sus tersas asentaderas. Los firmes glúteos armonizaban con esas piernas largas y bien contorneadas. La vio bajar de la Chiva y encaminarse hacia un baño al pie de la muralla.

Antonio llenó su vaso de ron y Coca Cola y subió por la escalera que conducía a una explanada en la parte superior de la fortaleza. Miró de reojo hacia el baño pero no vio salir a la rubia.

En la explanada se habían reunido los pasajeros de unas cinco Chivas con sus respectivas orquestas. Esas decenas de músicos ejecutaban una cumbia contagiosa mientras la muchedumbre bailaba en las penumbras de la noche nublada. Una oscuridad sólo a ratos interrumpida por las luces de algún vehículo de los que aún circulaba por el malecón.

Se instaló en un asiento al interior de un minarete ubicado en un ángulo de la muralla. Ahí quedó alejado del grupo y se dedicó a observar por una ventanilla a los juerguistas, tratando de encontrar una cabellera intensamente rubia. En eso estaba cuando sintió a su lado una voz sensual.

- Bueeenas, ¿puedo acompañarte?

Era ella, quien sabe cómo surgió del lado exterior del minarete y entró agachándose por la pequeña puerta.

Antonio en la oscuridad le tendió la mano izquierda para ayudarla a pasar.

- Por supuesto, acompáñame, claro que en el asiento es muy pequeño, ¡pero aquí hay asiento! – dijo golpeándose los muslos con su mano derecha.

Ella se rió y sin dudar un instante posó sobre él sus redondeces, recostó su espalda contra su pecho y comenzó a menear la cintura al compás de la música. Antonio pensó que era una feliz coincidencia que el tema fuera justamente “El caballito”. Se sentía como un corcel sobre el cual estaba iniciando una cabalgata una exquisita amazona caribeña.

La rubia sin perder el ritmo de la música comenzó a frotar su trasero contra su sexo que había despertado al llamado de la sangre. Las manos de Antonio se deslizaron por los costados de la cintura de la mujer y ascendieron hacia arriba y adelante hasta introducirse por debajo de la parte superior del bikini para liberar esas tetas que lo obsesionaban, las apretó y acarició con sus palmas mientras sus dedos pellizcaban unos húmedos pezones.

Estuvieron un par de temas más en un cada vez más desesperado roce de nalgas con entrepierna. Las manos de Antonio se repartieron a lo largo de la anatomía de la mujer, con la mano derecha continuó amasando ambos senos mientras la mano izquierda descendió hasta el short, abrió el botón, bajó el cierre y se escurrió bajo el calzón hasta llegar a unos labios absolutamente húmedos.

El fantasma del sida lo hizo titubear un instante pero en ese momento ella deslizó su mano izquierda hacia su pantalón, le bajó el cierre, desplazó su cuerpo un poco hacia adelante y con una destreza admirable extrajo su centro de gravedad hacia afuera del pantalón.

Él le bajó el short junto con el calzón, ella facilitó la maniobra parándose apoyada en la pared, siempre dándole la espalda. La tomó de las caderas y penetró la vagina jugosa que no dejaba de moverse al compás del poderoso ritmo de ballenato que estremecía las caderas de la rubia.

Acabaron cuando los pasajeros comenzaban a retirarse y la mujer no se abstuvo de proferir unos gritos de placer.

- ¿Y de dónde tú eres? - le preguntó mientras se subía los calzones y el short, y se acomodaba el diminuto sostén del bikini sobre sus rosados pezones aún enhiestos.

- Soy chileno, tú eres de aquí por lo que veo.

- Soy colombiana, pero no de Cartagena, estoy de paso. Hotel Decamerón, habitación 609 - rió coqueta.

- Bueno, quítale el 0 y queda un número que me gusta mucho, ¿Qué tal si vamos para allá? - dijo Antonio mientras terminaba de acomodar su ropa.

- ¡Eres un goloso!

- Es que tú me despiertas el apetito.

- Sí,... ¡vamos!, esto hay que celebrarlo, te advierto que soy un poco adicta, yo no me quedo tranquila con esto. No me malinterpretes, ...¡estuviste fantástico!,

pero cuando me excitan mucho me dan ganas de que me den más, ¡Hay María Laura porque te gustará tanto gozar!

- ¿María Laura es tu nombre?

- María Laura Monasterios, aunque como ves tengo poco de monástica- rieron ambos.- ¿cómo se llama él?

- ¿Quién?

- Ese caballero tan rico que me presentaste hace un rato – Antonio reparó en que ella estaba mirando hacia sus partes viriles.

- ¿Te refieres a él?, nunca le he puesto nombre, pero si te parece le ponemos “La Bestia”.

- ¡Ayy que fanfarrón!, vamos a ver qué tan bestia es, porque esto para mí no fue más que un aperitivo, vaya, un entremés.

La conversación estaba excitando nuevamente a Antonio, la tomó de la mano, la condujo hacia afuera del minarete y se encaminaron hacia la Chiva que ya había arrancado sus motores.

- ¿Y tú cómo te llamas?, ¿en qué hotel estás?

- Antonio Feger a su servicio para lo que usted disponga, Hotel Caribe, habitación 308 – rieron una vez más.

Media hora más tarde, después de parar a bailar en una discoteca, repararon en que estaban a una cuadra del Hotel Caribe. Ella tomó la decisión.

- Mejor vamos a tu hotel, ya estamos al lado.

A la mañana siguiente Antonio despertó con dolor de cabeza, miró primero hacia su velador y vio su reloj marcando las 7:10. Luego con temor comenzó a volverse hacia María Laura. Habían tenido una orgía memorable en su habitación, pasando por las más osadas prácticas, pero ya con los efectos del alcohol en retirada, temió haber caído en el síndrome del borracho: despertar arrepentido al lado de un adefesio, erróneamente elevado a la categoría de belleza por el influjo distorsionador de los tragos.

Pero la mujer que estaba tendida durmiendo desnuda a su lado, seguía siendo la dueña de un cuerpo escultural. Entonces Marina acudió a su mente. Un sentimiento culposo lo embargó a pesar de que formalmente no tenía motivos. Por esas extrañas jugarretas de la mente recordó que le había prometido bajar 2 kilos durante el viaje, su pretendida lo estaba encontrando algo pasado de peso. “Bueno, anoche por lo menos debo haber bajado un medio kilo” pensó y se sonrió.

Se levantó, se dirigió hacia el baño y se dio una rápida ducha. Decidió ir a correr por la playa para comenzar a cumplir su promesa de bajar de peso, de algún modo le parecía además una penitencia. A pesar de ser ateo frecuentemente lo invadían sentimientos de culpa en las situaciones más inesperadas.

Se puso un buzo deportivo con zapatillas. Cuando abrió la puerta escuchó la voz somnolienta de María Laura.

- No te escapes, cobarde. Todavía me debes algo.

En ese momento, cayó en cuenta de que nunca había pensado que pudiera tratarse de una prostituta. Su ego masculino se sintió fuertemente afectado, ¿o sea

que no había seducido a nadie?, ¿era una mera jornada de trabajo de la rubia?, y lo que era peor ¿sus orgasmos habrían sido profesionalmente fingidos?

Como si le estuviese adivinando el pensamiento, ella interrumpió su soliloquio. Sin volverse a mirarlo le dijo.

- Yo creo que La Bestia no se va a negar a jugar con María Laura un par de veces más, me lo debes. Después yo te invito a almorzar, vamos a La Vitrola, es un restaurant bien chévere del casco antiguo.

Antonio rió aliviado.

- Vale, voy a correr a la playa y vuelvo, a la Bestia le vendría bien desayunar carne colombiana, se ve que le ha gustado.

- ¡Cuídalo!, los espero.

Cerró la puerta y bajó por la escalera, salió por la parte trasera del hotel, atravesando la piscina. No había nadie aún a esas horas de la mañana. Atravesó la reja, cruzó la calle y comenzó a trotar por la playa en dirección opuesta al casco antiguo.

Su cuerpo ya no estaba acostumbrado al ejercicio, la velocidad del trote decayó a los quince minutos de forma que antes de las 8:00 ya estaba reingresando de vuelta al Hotel, bastante, cansado. Esta vez tomó el ascensor, a lo lejos divisó a la recepcionista que estaba concentrada en algunos papeles y cuentas, seguramente de consumos de los pasajeros.

Introdujo la llave en la cerradura, abrió y entró cerrando tras de sí la puerta. María Laura seguía acostada, vio sus piernas desnudas desde el pasillo de entrada.

Entonces descubrió que la cartera de la rubia estaba abierta tirada en el suelo y su contenido desparramado por todo el pasillo: cosméticos, un pasaporte, una billetera y joyas.

Sintió una fuerte sensación de que algo iba muy mal, divisó su propia maleta también abierta y su contenido vaciado sobre la mesa. Caminó hacia la cama y vio un enorme charco de sangre que cubría el colchón rodeando la silueta desnuda de la mujer.

IV

El día anterior la presentación de Antonio en el salón de eventos del Hotel Caribe, había resultado mejor de que lo esperaba. Un par de chistes improvisados sobre la marcha habían dado en el clavo, y surgieron preguntas sobre los tecnicismos matemáticos que se le escapaban.

Al terminar la jornada había subido aliviado a su habitación y una ducha fría le ayudó a sobreponerse al calor tropical. La temperatura estaba en 28 grados, similar a la que había dejado en Chile, pero la sensación térmica era mayor debido a la humedad.

Luego de sacar una cerveza de la nevera, había llamado a la operadora para que lo comunicaran con el número de Marina en Santiago.

Al rato sonó el teléfono, levantó el auricular:

- Su llamada a Santiago - Luego de un "clic" seguido de un zumbido, escuchó una conocida voz.

- ¿Alooo?

- ¡Hola amor!, ¿me ha echado de menos?

- Sí...estaba por llamarte, ¿cómo te fue?

- Fantástico, me fui de aplausos prolongados y no me pillaron con ninguna pregunta. Ahora si que estoy relajado.

- Oye celébralo, ¡pero no lo celebres mucho!, mira que la cosa ahí en el caribe es difícil para una, ¡esas mujeres con tantos atributos! – La mujer rió con una risa franca.

- Pero cómo se te ocurre, tú sabes que todos y cada uno de los atributos tuyos para mí son insuperables.

- Si fresco, como si yo no te conociera.

- Oye, y a todo esto ¿tú cómo te has portado?

- Bieeen, tú sabes que yo siempre me porto bien, no como otros, ¿qué tal el viaje?, ¿y la llegada?

- Todo bien.

- ¡Qué bueno! Te voy a tener que dejar porque viene llegando mi hermana a buscarme, vamos a salir a comer juntas, ¡te llamo mañana!

- Bueno, un besote.

- ¡Otro para ti!, chao.

- Chao.

Había bebido un trago largo de cerveza pensando en Marina Angrasiani, ¿iría realmente a comer con su hermana?, ¿o sería una invitación de Fernando?

Cerró los ojos y vio los finos rasgos de su rostro pálido, delicada nariz, ojos chispeantes, su contorneada figura, la imaginó con el mismo vestido gris que lo enloquecía. Se vio a sí mismo abrazándola y acariciando con una mano su cintura por debajo del vestido mientras la otra acariciaba uno de sus muslos deslizándose en busca de su sexo, y acto seguido la imaginó desnuda mientras él acariciaba la

piel blanca y sensual de su vientre, y aquellos “atributos” de los que acababan de hablar. Comenzaba a verse besando su espalda mientras la hacía girar para besar sus hermosos y perfectos senos...en ese momento decidió dejar de torturarse, agitó su cerveza, encendió un cigarro y cambió levemente el curso de sus pensamientos.

Había tratado de conquistar a Marina durante mucho tiempo, varios años, a pesar de que parecía una causa perdida, porque todos sabían que Marina y Fernando estaban comprometidos desde antes que Antonio la conociera. Ese no era el único motivo, otros no menos importantes eran la fama de picaflor de “Ant”- así lo llamaba ella a veces- que atraía pero a la vez asustaba a Marina y las diferencias políticas que de tanto en tanto ensombrecían esa cálida relación. Ella solía bromear comparando su relación con Antonio con una versión moderna de los Montescos y los Capuletos. Él seguía identificándose con la izquierda, a pesar de que jamás había vuelto a tener participación activa en ningún tipo de organización, y ella se declaraba partidaria de la llamada centro-derecha.

Hacía unos meses que su relación con Fernando se estaba deteriorando. Mientras más se acercaban a la fecha que había fijado para la boda, más dudaba ella, y la duda se había ido transformando casi en una convicción de que no deseaba unir su vida a un personaje tan “plano”. Él lo sabía directamente de labios de Marina, que veía en Antonio una mezcla entre galán, amigo y confidente. En general la había visto más inclinada a sincerarse con sus amigos que con sus amigas.

Antonio se había empleado a fondo en aquellos días no tan lejanos, facilitando como podía la degradación de la relación de ella con su antiguo prometido. Él había logrado hacía mucho tiempo robarle un par de besos, luego Marina había evitado sistemáticamente que se dieran las circunstancias propicias para cualquier tipo de aventura, hasta estos meses recientes en que el empeoramiento de su relación con Fernando la había llevado por fin a bajar la guardia.

Calculó que por esos días del viaje a Cartagena se cumplían unos seis meses desde que Marina y Antonio se habían escapado juntos durante una semana a San Pedro de Atacama. Ella aún no rompía con Fernando así que lo presentó ante su prometido como un viaje de trabajo. En esa ocasión conversaron intensamente sobre el inminente fin que ella daría a su compromiso una vez que regresara de España.

Pero “Ant” fue traicionado por su propia forma de ser. Recordó la vieja fábula del escorpión que se cita en “El juego de las lágrimas”: el escorpión necesita atravesar el río, le pide a una rana que lo monte en su lomo y lo lleve a la otra orilla, la rana le dice “pero no me puedes clavar el veneno de tu cola, moriríamos los dos”, el escorpión le promete no hacerlo, se monta en la rana y en la mitad del río le clava la cola y le descarga su veneno, mientras agoniza la rana le pregunta “¿pero por qué lo hiciste?” y el escorpión le responde “no lo sé...está en mi naturaleza”.

Y estaba en la naturaleza de Antonio sucumbir ante los encantos de las mujeres hermosas. Sólo que aquella vez había ido demasiado lejos. No había podido resistir el impulso de lanzarse a la conquista de Andrea, la mejor amiga de Marina.

Andrea era muy distinta desde todo punto de vista, un tono de piel más moreno, bastante delgada, menos curvilínea, pero más dada a vestir con ropas ajustadas con la que sacaba partido a su físico, en particular a sus caderas. Pelo liso largo y castaño que enmarcaba un rostro iluminado por sus grandes ojos y una coqueta sonrisa.

Partió como un juego en una ocasión en que Marina debió viajar a España a realizar un curso en la casa matriz del Banco en que ambas trabajaban. Los tres se habían conocido años atrás, en una ocasión en que el Banco requirió contratar los servicios de MegaSearch.

El día de la partida de Marina, la habían despedido con un almuerzo, y al abandonar el local, ella bromeó con su amiga diciéndole que la dejaba a cargo de Antonio, siempre que no se propasara mucho.

Eso fue como una revelación para Antonio que vio ante sí el desafío de seducir a la mejor amiga, ¿por qué? la única respuesta es que eso estaba en su naturaleza, como el escorpión. Si conocía a una mujer interesante y se llegaba a imaginar que despertaba en ella aunque fuese un mínimo nivel de atracción, se sentía empujado por una fuerza incontrarrestable que lo lanzaba a la conquista.

Pero jamás imaginó la reacción de Andrea. Luego de acceder a algunas invitaciones, la primera de ellas al día siguiente de la partida de Marina, ella había comenzado a participar en forma cada vez más activa en el juego del flirteo, hasta ese aciago día en que permanecieron bebiendo hasta tarde en el *pub*. Estaban sentados muy juntos en un sillón, conversando animadamente y riendo, de pronto se había generado un lapso de silencio mientras se miraban. “Pasó un angelito” había dicho ella. Antonio en ese momento creyó ver los ojos de Andrea una invitación, e intentó besarla. Su acercamiento no fue correspondido.

- Ustedes los hombres son todos iguales, ¡quieren pan y pedazo! - casi le había gritado Andrea

- Pero...no pensé que te fueras a enojar, mira yo...

- ¡Por qué son así!, me da rabia - interrumpió ella -, no se la juegan, andan babeando detrás de una y de otra, ¡Uf! Me da lata.

- Bueno, como yo lo veo, ahora que estoy contigo aquí, me la estoy jugando...

- Mira Antonio Feger, ¡todo lo que estás haciendo lo encuentro muy de poco hombre!

- ¿Pero porqué has estado participando entonces en algo que te parece tan detestable?, ¿qué habría sido de hombre?, ¿que llamara a Marina para avisarle que iba a intentar besarte?

- No, si la hubieras llamado o si la llamas más tarde, encuentro que serías ya lo último, ¡un arrastrado!, y pensándolo bien, no me extrañaría que lo hagas, ¡o que incluso ya lo hayas hecho!

- No entiendo Andrea, disculpa que sea “igual que todos los hombres”, quizás se deba al hecho de que soy hombre, y como tal a veces nos cuesta mucho entender a las mujeres, en particular no te estoy entendiendo en este momento.

- Me aburríste, sabes que más ¡me voy!

Lamentablemente para Antonio el incidente no había quedado ahí. En cuanto Marina regresó de España, Andrea le contó del asedio de Antonio. Así en un día “Ant” perdió todo el terreno que había avanzado en años, y en particular lo avanzado en las últimas semanas previas al viaje de Marina.

Su pretendida finalmente había terminado su relación con Fernando, pero además se distanció bastante de Antonio y comenzó a salir de carrete intensamente con Andrea, quizás buscando encontrar a alguien más centrado y menos fresco que él y a la vez más entretenido y menos previsible que Fernando. Al fin esa mezcla: lealtad más lo impredecible, formaba parte de lo que ella buscaba en su relación ideal. Antonio pensaba que el componente “entretenido o imprevisible” era el que más le costaba encontrar en su medio, eso era justamente lo que la atraía de los hombres de mentalidad más liberal en el plano afectivo, frecuentemente izquierdistas, y lo que la asustaba de ellos era paradójicamente su tendencia a la informalidad en sus relaciones amorosas.

Poco a poco Antonio había logrado reconquistar parte del terreno perdido. En el último mes antes de viajar a Cartagena, Marina le aceptó una invitación a comer y en esa ocasión Antonio supo que la ruptura con Fernando ya era irreversible.

Marina se lo había planteado claramente a su prometido, con todas sus letras, y en esos momentos Fernando estaba haciendo desesperados esfuerzos por reconquistarla. En aquella cena incluso llegaron a conversar sobre la posibilidad de reiniciar una relación entre ellos. Pero Marina fue también muy clara con él.

- Mira, prefiero no tener más complicaciones hasta que Fernando se convenza, y no quiero mezclar más las cosas, necesito estar bien y luego pensaré que hago, no asumo ningún compromiso de nada y lo veo difícil, la verdad es que la embarraste ¡con mi mejor amiga!, no se puede, no se puede...pero yo sé que eres un descarado y eso me encanta.

Finalmente a Antonio lo estaba salvando la tendencia de Marina Angrasiani a compartir más su vida interior con sus amigos que con sus amigas.

En esos días previos al viaje a Colombia, ella también se estaba distanciando más de Andrea con quien no creía tener las cosas del todo aclaradas. Marina tenía sus dudas sobre el papel que había jugado su amiga en el incidente del *pub* con Antonio. Así estaban las cosas cuando "Ant" viajó a Colombia.

Entretiempo: La encrucijada

*...ahora comprendo.
Es usted la principal
sospechosa en el caso
de la botella de champán
-¿Quién le ha
dicho a usted que soy la
principal sospechosa?
- Es el ABC de la
criminología. El principal
sospechoso es el que se
beneficia del testamento.
Y luego el último que vio
con vida a la víctima*

Manuel Vásquez Montalbán

Los pájaros de Bangkok

V

Antonio transpiró con un sudor helado durante varios minutos. Una sensación de angustia le oprimía el pecho, trató de controlarse respirando lentamente. Se acercó a María Laura para observar con más detención. No la habían degollado, como pensó en un principio debido a la cantidad de sangre, le habían golpeado el cráneo, la sangre salía de algún lugar de la nuca, lo que pudo comprobar por la profusa cantidad que había en esa zona.

Buscó alrededor algún objeto contundente con el que la pudiesen haber golpeado y entonces encontró la lámpara de pie ensangrentada, tirada en el balcón. Reparó en que el ventanal que daba al balcón estaba abierto. Por ahí debían haber entrado.

Sin pensar mucho lo que hacía tomó el pasaporte que estaba tirado en el suelo y lo abrió. La mujer que lo miraba desde la foto por los rasgos debía ser María Laura, pero costaba reconocerla, su pelo era de un negro intenso, se veía algo mayor y el nombre escrito a su lado era "Gianina Morel Santoro". ¿Quién había sido realmente esa mujer?

Trató de ordenar su pensamientos, "a ver Antonio, se supone que eres bueno para investigar cosas, primero que nada no hagas ninguna cosa antes de

formarte un juicio mínimo sobre lo que puede haber ocurrido, tómate tu tiempo, no hay apuro, ¿llamar a la policía?, mierda pero yo sería el principal sospechoso, ¿alguien me vio salir a trotar?,... un par de mendigos que vagabundeaba por la playa, imposible encontrarlos ahora, y no voy a malgastar tiempo en buscar mendigos para mi coartada...de hecho es difícil que construya una coartada”.

“Tengo que tratar de obtener la mayor cantidad de información, si voy a la policía debo tratar de llevar al menos algunas hipótesis defendibles,... con suerte logro que no me involucren públicamente, eso si llego a encontrar buenas pistas, algo sólido que aleje de mí las sospechas,...¿alguien habrá visto trepar a o los asesinos hasta el Balcón?...difícil, es el mismo patio interior por el que yo pasé cuando salí a trotar, y no había nadie, claro que a esa hora deben haber estado los asesinos ya asechando, fácilmente ocultos en la exuberante vegetación del jardín...”

De pronto un sobresalto lo estremeció. “¡Marina! no puedo permitir que esto se sepa, esto sí que sería el fin de cualquier relación con ella, es más, ¡debería adelantar el vuelo y huir!, si pongo el cartel de No Molestar tengo al menos un día. Suficiente para irme a una agencia, cambiar el vuelo para hoy y marcharme...”

“Calma, calma Antonio, ¡estás pensando como un imbécil! no puedes hacer eso, antes de aterrizar en Santiago ya habría una orden de captura internacional de la INTERPOL en tu contra”.

“Con suerte los dependientes del Hotel postergarían hasta mañana la espera para entrar en la habitación,... el cartel de No Molestar no podría detenerlos por más tiempo, así que incluso si lograra ingresar a Santiago, lo más seguro es que el

mismo día de la llegada se iniciaría la persecución. Además, muchas veces las mucamas no respetan el cartel, de hecho podrían entrar en cualquier momento, podrían entrar ahora...¡Ay Marina!, ¿Marina qué hice por la cresta?" Un suspiro desesperado se escuchó en la habitación.

Se dirigió a la puerta, abrió y se asomó lentamente, una camarera estaba entrando a una habitación al final del corredor. Tomó el cartel de No Molestar, lo puso en la manilla de la puerta por su lado exterior y volvió a entrar.

"Bueno Antonio, deja de lamentarte, te pasó esto,...tú sabías que te podían pasar cosas iguales o peores, varias veces pudiste agarrarte el sida, o un balazo de un marido celoso,... ¡celos!,...¿podría ser ese el móvil del asesinato de la rubia?".

Miró el pasaporte, la casilla del estado civil señalaba que era soltera. "Pero este pasaporte no significa nada, aquí dice que se llama Gianina Morel, probablemente ese no es,...no era, su nombre, seguramente tampoco era María Laura, ¿será algo tipo celos? ¡Mierda! Pero si fue por eso entonces tengo que salir cascando de aquí ahora mismo!, me tendría que llegar a mí también". Tomó el pasaporte de la mujer y lo guardó en el bolsillo pensando que de algo le podría servir en las indagaciones.

"Para, para Antonio, recuerda: no hagas nada antes de formarte un juicio mínimo sobre lo que puede haber ocurrido, se te ocurrió que era un crimen por celos y ya ibas a salir corriendo, ¿si es algo relacionado con celos entonces por qué María Laura anda con este pasaporte falso? ¡Ah! Que huevón, por supuesto que no

es falso, esa es su identidad real, ella era Gianina Morel y por precaución al lanzarse a una aventura conmigo se cambió el nombre.”

“Espera, si el pasaporte es real entonces resulta que era soltera, eso dice el documento, ...¡aunque tampoco eso es necesariamente cierto!, se pudo casar en una fecha posterior a la obtención del pasaporte”. Miró la data del documento: septiembre de 1994. “Puede ser, aunque por otra parte poco importa, puede ser un crimen por celos de su pareja estable, con quien no tenía necesariamente que estar casada, el estado civil del pasaporte no descarta nada, y tampoco tengo la información suficiente como para determinar si lo falso es el pasaporte de Gianina, el nombre María Laura, o ambos”.

Se volvió a mirar la cartera de María Laura - Gianina: “Por lo menos estamos comenzando a razonar un poco, ¿podría ser el móvil un simple robo?”, tomó la billetera y comprobó que contenía un millón de pesos colombianos en efectivo. “Esto es como quinientos dólares, no parece nada lógico que un ladrón que llega a descalabrar a su víctima luego abandone esa cantidad,...¡mi portátil!, ¡se lo llevaron! a no”. Recordó que lo había dejado en el *locker* que cada congresista tenía asignado en el salón de eventos.

“Robo no, celos podría ser, ¡tengo que irme luego!, ¿qué más?, ¿qué más?...estamos en Colombia, algo con el narcotráfico bien podría ser. No entiendo los códigos de este país, necesito ayuda. ¿Cómo reaccionará Sergio si le cuento todo? Lo peor que puede pasar es que él se desentienda, o que incluso decida que lo mejor sea dar cuenta a la policía, pero enfrentar a la policía es algo que tarde o

temprano me va a tocar”. Reflexionó que incluso podía ocurrir que en honor a la camaradería engendrada en aquellos lejanos años, su ex compañero decidiera ayudarlo.

Antonio se levantó, suspiró de nuevo mirando a la rubia bañada en escarlata, cerró las cortinas de las ventanas del balcón y se dirigió a la puerta. Salió y la cerró asegurándose de que el cartel quedara bien colgado, en ese momento las escasas esperanzas de salir bien librado de la situación, se concentraban en el respeto que pudieran infundir esas palabras: “Don’t Disturb – No Molestar”. Ojalá obraran como un hermético “ciérrate sésamo” al menos mientras él lograba averiguar algo que le diera alguna pista sobre el asesinato.

Bajó por la escalera para evitar encontrarse demasiado cerca con alguien. Mientras descendía recordó que la rubia – probablemente teñida -, le había dicho: “Soy colombiana, pero no de Cartagena, estoy de paso. Hotel Decamerón, habitación 609”.

Atravesó el lobby decidido a dirigirse a la Bodeguita del Medio a tratar de ubicar a Sergio para luego visitar el Hotel Decamerón. “¡La llave de su habitación!, debe estar entre los objetos que llevaba en su cartera”. Comenzó a devolverse subiendo la escalera de regreso a su cuarto.

“Si el móvil tiene algo que ver con el narcotráfico, había una posibilidad de que los asesinos se hubiesen llevado la llave de la habitación de María Laura, por ejemplo, si lo que andaban buscando era un cargamento o cierta información que

ella pudiera ocultar en su hotel. De hecho no recordaba haber visto llaves en el desorden de objetos que poblaba el suelo de su habitación”.

Entró nuevamente abriendo la puerta signada con el número 308. Le dolía la imagen de María Laura -insistía mentalmente en llamarla así- cubierta de sangre. Tratando de no mirarla esta vez, se agachó a inspeccionar el suelo. Luego de varios minutos se convenció de que no había ninguna llave. “Hoy no es mi día, ahora tendré que pensar en que inventar para poder entrar al 609 del Decamerón, y lo peor es que los asesinos pueden estar ahí”.

Ya iba a salir nuevamente cuando se detuvo. “Antonio eres un pelotudo, puede que en lugar de llave sea una tarjeta magnética lo que buscas, en ese caso lo más lógico es que esté en la billetera”. Recordó que la había dejado sobre la mesa luego de revisar si tenía dinero.

Encontró efectivamente una tarjeta con banda magnética y un logo con olas estilizadas de la cadena Decamerón, pero encontró algo más, encontró que aparte de la tarjeta del Hotel y el dinero, no había nada más entre los objetos que María Laura portaba. Dejando de lado el pasaporte, no había ningún documento de identidad, ni chequera, ni licencia de conducir, ni tarjetas de crédito, ni tarjetas de presentación de algún conocido, ni un mísero almanaque,...nada.

“A ver, no parece cuerdo que se robaran todo eso mientras dejaban el efectivo. Descartando por ahora la posibilidad de un robo eso me deja dos alternativas: o todos esos documentos que echo de menos están en su habitación del Hotel, o por algún extraño motivo no los llevaba consigo en ninguna parte, esta

última alternativa tiene cierta coherencia con la hipótesis de narcotráfico: manejar dinero constante y sonante y nada de documentos que puedan ser rastreados”.

Salió de su habitación por tercera vez en esa mañana Eran las 9:00 AM. No recordaba que su vida se hubiese visto tan alterada y en tan poco tiempo como en ese lapso que iba desde su despertar a las 7:10 y la tercera bajada por la escalera del Hotel.

A esa hora estaban ya llegando los congresistas al salón de eventos, tendría que llamar por teléfono a Alfredo, el presidente del comité organizador. Luego tenía que llamar a Marina, ella había quedado de llamarlo a su habitación en la tarde, lo más seguro es que él no estuviese ahí a esas horas, si ella insistía en contactarlo eso podría llamar la atención de los dependientes del hotel, podrían de buena fe preocuparse de que le hubiese ocurrido algo a su huésped y decidir entrar a la 308.

Tenía que llamarla y decirle que mejor él la ubicaba más tarde. Eso quizás podría despertar sospechas, pero las peores aprensiones que pudiese tener ella, le parecían triviales y manejables en comparación con la realidad que estaba tratando de ocultar. Quizás aún tenía una oportunidad de salvar la relación que intentaba construir.

Camino a encontrarse con Sergio no se pudo concentrar en el análisis del crimen. Los pensamientos se le mezclaban con las emociones. ¿Era miedo lo que sentía?

Probablemente sí. En su cuarto del Hotel había experimentado ese sudor frío, angustia, y el dolor en el estómago, las sensaciones que tantas veces sufrió en la época de la clandestinidad.

Trató de calmarse pensando precisamente en esos años pasados. Nada podía ser tan peligroso como esos días en el Santiago gris de los ochenta. Un asesinato común, o el narcotráfico no podían compararse con enfrentar al ejército, a la policía, al poder judicial subyugado, a todo el aparato del estado. Sin embargo el dolor en el estómago persistía.

El taxi iba dando tumbos sobre calles adoquinadas, la humedad y el malestar le hicieron desistir de fumar un cigarro. Guardó nuevamente en la cajetilla el que había estado a punto de encender.

¿Se habría reblandecido con el trabajo y el confort de un sueldo? Quizás. ¿La falta de una causa convincente la habría estado mermando la voluntad? También podía ser que después de haber corrido tantos riesgos, ahora su cuerpo ya no tolerara la adrenalina, una especie de bloqueo, una negación física. Lo cierto es que le estaba costando concentrarse y pensar bien.

Intentó relajarse recordando el cuerpo de Marina. Si le gustaba tanto ¿Porqué había arriesgado todo con ese flirteo con Andrea? ¿Sería verdad lo de la fábula del escorpión? ¿O quizás rehuía el compromiso? Pensó en sus compañeros de los años duros, pocos de ellos habían logrado establecer una familia. Aunque pocos seguían solteros como él, los que se habían comprometido -muy pocos se casaron- no lograron relaciones estables.

¿Estaba enamorado de Marina? ¿O era simplemente una obsesión? Quizás era un desafío, una meta difícil, mezclado con un parecido físico con la que fuera su primera polola del colegio. Sí había algo de nostalgia en su obcecación. Pero si sus sentimientos fueran profundos ¿por qué razón se había sentido tan atraído por Andrea? ¿Bastaría el escorpión para explicarlo todo?

Se dio cuenta de que el hilo de los pensamientos le había disminuido el dolor de estómago y la transpiración. El taxi ya estaba estacionando.

Segundo tiempo: Trampas y azares

...Y las causas lo

fueron cercando

Cotidianas,

invisibles.

Y el azar se le iba

enredando.

Poderoso,

Invencible...

Silvio Rodríguez

Causas y Azares

VI

- ¡A ver, a ver! ¿Me estás diciendo que hay una mujer muerta en tu pieza del Hotel?

Sergio Alcayaga lo miró con unos ojos desorbitados de impresión. Miró hacia su alrededor y bajó el tono de voz al comprobar que había una pareja de comensales en un rincón de la Bodeguita.

Antonio había llegado ahí hacía poco más de media hora, y le había dicho a Maira que tenía un grave problema, que por favor ubicara a Sergio y le pidiera que viniera cuanto antes.

- Pero a ver, ¡chucha!, a ver, ¡putas!, tengo que tratar de ayudarte, este es un país en guerra, si en cualquier país tu situación ya sería *heavy*, aquí te puedes cagar la vida huevón. Ya, vamos por partes, para mí lo primero es tratar de identificar quien era la mina.

- No tengo idea, tengo dos nombres y capaz que ninguno de esos sea el verdadero.

Antonio le hizo un resumen de sus indagaciones en la habitación y de las distintas hipótesis que se había formulado.

- Dijiste que te habías traído el pasaporte, miércale eso no es muy ortodoxo, espero que no te perjudique aún más, pero ya que te lo trajiste muéstramelo, a ver si me sirve de algo.

- Toma, éste es.

Sergio lo abrió y observó la foto con atención durante más de un minuto.

- No puede ser, ¿o sí puede ser?, María Laura, ¿Malala? Sí, capaz que sea la misma, pero no puede ser, no,...nada que ver.

- Ya huevón explícame, ¿qué pasa?

- Espera, espera..., déjame hacer memoria, parece que sí, ¡mierda si es ella estás más cagado de lo que pensaba!

- ¡Pero ya dime qué estás pensando por la cresta!

- Mira, cuando trabajé con el M 19 hace años, conocí harta gente de las FARC, había mucho contacto entre las organizaciones revolucionarias en esa época. Ahí me tocó conocer a una que le decían Malala, tenía un parecido con esta mina de la foto, se me ocurre que Malala podía ser el mote de María Laura.

- Oye, espera supongamos que es la misma, entonces evidentemente María Laura o Malala no es su nombre real, si la conociste con ese nombre en reuniones clandestinas, esa debió entonces ser su chapa.

- Sí, tienes razón, tampoco creo que su nombre real sea Gianina Morel, pero no importa, con lo que sabemos basta para que yo pueda averiguar algo sobre su verdadera identidad y para intentar verificar si es o no es la que está en tu habitación.

- ¿Cómo lo vas a averiguar?
- Mira Antonio, primero te explico por qué dije que si era ella estabas más cagado de lo que pensaba: la Malala que yo conocí, después llegó a ser la mina del Chango Joaquín, ese huevón es uno de los comandantes más poderosos de las FARC, y ella misma, la Malala, se transformó en la mujer de más alta jerarquía en ese grupo. Si es ella la que está en tu pieza, no es como para que te dejen ir así no más. Es más, van a estar muy interesados en ti ya sea las FARC, si es que fue el gobierno el que la mató, o bien el gobierno en caso de que las propias FARC la hayan matado, o ambos en tu persecución si es que no salieron de entre ellos los asesinos.

Antonio se apretó las sienes con los puños y se hizo unos masajes circulares para tratar de detener el dolor de cabeza que se le estaba viniendo encima.

-Sergio ¿y tienes cómo comprobar si se trata de ella?

- Afortunadamente sí. Conozco a un ex compañero que trabaja en la División de Seguridad del gobierno, es el equivalente a la famosa "Oficina" que crearon allá en Chile. No te puedo decir quien es pero a este amigo lo metimos ahí como especie de doble agente, ha simulado colaborar entregando datos sin importancia y nos avisa cuando van a proceder contra algún ex compañero, porque a pesar de la desmovilización del M19 todavía el gobierno de vez en cuando liquida a aquellos que le pueden resultar molestos, entonces este amigo, supuesto colaborador nos avisa. Otras veces nos avisa cuando el gobierno detecta amenazas de los grupos paramilitares ultras de derecha.

- Ya, pero y...
- Calma, la cosa es que con el acceso a información que él tiene, y considerando lo fichada y vigilada que debía estar Malala, es muy probable que pueda ayudarme a comprobar si es factible que ella estuviera aquí. Ahora, sería super raro,... porque como sabes la FARC se mueve en la mitad sur del país, de Bogotá para abajo, y estamos en el límite norte, pero la mina se parece hartito a la que conocí. Hagamos lo siguiente: me voy a mi oficina, y en el camino invento un pretexto para preguntarle a mi amigo que saben de la Malala, aunque si resulta ser ella, cuando se destape la cosa el invento no me va a servir de nada.
- Oye Sergio...si esto te puede crear el menor problema prefiero que no hagas nada.
- No te preocupes, incluso si se diera el caso de que fuera ella, creo tener la confianza en este hombre como para apostar a que cuando explote todo no me involucre, como te dije, se supone que él está donde está para ayudarnos, bueno, que me arrime el hombro ahora, y de paso te ayuda a ti. En todo caso creo que hiciste bien en decidir no partir corriendo a la policía, ¡quien sabe cómo podrían haber reaccionado! Parte de la policía esta muy coimeada, a veces por los narcos, a veces por las FARC, a veces por los paramilitares. Supongamos que te tocan unos coimeados por las FARC, los policías esos van para el hotel, y si comprueban que la mujer es la Malala, son capaces de entregarte al mismo Chango Joaquín allá en el Caguán. Es mejor llamarlos cuando hayamos averiguado algo y damos a conocer lo que tengamos en varios lados para que no puedan hacerte nada.

- Pucha Sergio, ¡gracias!
- Es un placer, después de tres años desmovilizado se empieza a echar de menos un poco de adrenalina. Bueno, ahora me voy, y tú espérame aquí.
- ¡No!, yo voy a ir al Hotel Decamerón a ver que puedo averiguar, recuerda que me traje la tarjeta de entrada a la habitación de ella.
- Te iba decir que era muy arriesgado para ti ir, pero en realidad ya no puedes estar más expuesto de lo que estás, anda no más. Por si alguien anda tratando de despacharte juntémonos en otro lado; cuando termines ándate a la iglesia de San Pablo Clover y nos vemos ahí dentro de una hora y media, si no llegas en ese plazo, por tu propio bien avisaré a gente de confianza mía de la policía, por suerte también hay algunos.

- Ya hermano, nos vemos.

Los dos hombres se levantaron de la mesa, se encaminaron a la salida del bar y partieron en direcciones opuestas.

Antonio caminó hacia la Plaza de Santo Domingo, la recorrió hasta encontrar un centro de llamadas. Entró y llamó a Marina, a su número de oficina en el Banco.

- ¡Amor! Hola, aquí estoy echándola de menos, en serio.
- ¿Cómo estás?, te noto raro, distinto, como cansado.
- Sí, estoy muy cansado, necesitaba avisarte que lo más probable es que no esté cuando me llames en la tarde después de la pega.

- ¡Mm!, ¿cómo es la cuestión?, ya te encontraste una Bety la Fea por allá. ¡Oye, si son bien distintas a como se ven en la televisión!

La risa de ella le devolvió un poco de ánimo.

- No,... es que quedé de salir con un amigo chileno que me encontré aquí, pero yo te llamo.

- Bueno, un besito.

- Un besote para ti princesa. Chao.

- Chao.

Luego de colgar, miró su reloj, marcaba las 10:35. Calculó que a esa hora los del Congreso estaban saliendo al *coffee break* y aprovechó de llamar a Alfonso para justificar su inasistencia pretextando que tenía que terminar un trabajo pendiente y que era vital tener listo para su regreso a Chile. Se dio cuenta de que en estricto rigor ni a Marina ni a Alfonso les había mentado, claro que de poco consuelo servía eso. Lo único que podía hacer era ponerse las pilas y tratar de andar bien despierto. Salió de la cabina, se dirigió hacia la calle y tomó el primer taxi que pasaba.

- Al Hotel Decamerón por favor.

Se fue observando los edificios de la ciudad colonial mientras se concentraba en desear que las mucamas de su Hotel, guardaran un celoso respeto por el cartel que había dejado colgando en la puerta de la habitación.

Repasó mentalmente las explicaciones alternativas que había elucubrado para verificar si calzaban con la nueva información que le había entregado Sergio.

El robo seguía siendo lo menos probable por el dinero que aún estaba en la billetera de “Malala” en el Hotel. ¿Celos? Si fuera ese el tema significaba que la pista estaba muy pesada para él, el golpe habría venido nada menos que desde uno de los más encumbrados jefes de las FARC, pero algo resultaba muy extraño en ese caso: que él, Antonio Feger, aún estuviese vivo. Bajo esa hipótesis el golpe vengativo del cornudo debería haberlo alcanzado también, y si los asesinos pertenecían a un grupo con tal capacidad operativa, no se explicaba que no lo hubiesen esperado en la habitación para liquidarlo en cuanto volvió de su trote por la playa.

Quedaba nuevamente la hipótesis del narcotráfico, para nada incompatible con la eventual militancia guerrillera de María Laura – Malala – Gianina.

Lamentó haber subido a la Chiva Rumbera la noche anterior. En ese momento una sombra de duda cruzó su rostro. Sergio Alcayaga la había recomendado tomar ese tour.

No, no podía ser. Se estaba poniendo paranoico. Sergio nada que ver. La única persona que lo podía ayudar ¿cómo iba a estar metido?, ¿cómo tanta mala pata? Encontró tres buenos motivos para descartarlo: Sergio no tenía idea de que se lo iba a encontrar en el bar, no había ningún móvil y por último un tipo con el que habían compartido cosas tan importantes no se friega a un ex compañero así porque sí. Interrumpió sus reflexiones al comprobar que el taxi estaba disminuyendo la velocidad y finalmente se detenía frente al Hotel Decamerón.

VII

Por precaución, pensó en inventar algún pretexto para averiguar en la recepción si había venido alguien a ver a María Laura, pero se detuvo para no llamar la atención y sobre todo porque no sabía con que nombre se podía haber registrado la mujer, lo más probable es que hubiese sido como Gianina, ya que por algo llevaba en su cartera un pasaporte con ese nombre. Sí, seguramente había ingresado como Gianina.

“Pero no tengo para que mencionar el nombre, podía preguntar por una amiga de la habitación 609, y en cuanto a llamar la atención....¿qué más me puede afectar a estas alturas?”.

Ya había decidido consultar cuando se detuvo nuevamente. ¿Y qué tal si en la recepción ya estaban alertados sobre la habitación 609?, ¿por ejemplo debido a una visita anterior de los propios asesinos?

“Te estás poniendo huevón Antonio, si vino alguien antes obviamente no pasó por la recepción Aunque quizás si tuvieron que hacerlo, para saber en qué habitación estaba ella. Pero es improbable que lo hicieran, son profesionales que no

necesitan andar evidenciando sus seguimientos. Además, lo más seguro es que la recepcionista que está en este momento no sea la que estaba anoche, porque si vinieron, debe haber sido anoche”.

“Tampoco tiene sentido que vinieran hoy después de asesinarla, en ese caso se habrían llevado la tarjeta de entrada y no la tendría yo en mi bolsillo. No, definitivamente si vinieron hasta aquí, debe haber sido anoche, y en ese caso no deben haber dejado nada que sirva de pista ni para mí ni para nadie”.

“Es raro que Sergio no insistiera más en lo peligroso de venir hasta acá. En la hipótesis de los celos cabe la posibilidad de que me estén esperando. Así me dejan muerto en la habitación de ella y ella en la mía, ¡que romántico! Podría tomarlo como una venganza exquisita, incluso poética si no fuera yo el protagonista...Que raro que Sergio me dejara venir”.

Sacudió la cabeza para ahuyentar una vez más las sospechas, y se dio cuenta de que mientras reflexionaba ya había pasado de largo por un costado de la recepción. Estaba frente al ascensor. Decidió subir descartando definitivamente averiguar nada con la recepcionista. Entró al ascensor y pulsó el botón del piso número seis.

Segundos después estaba saliendo del ascensor. Sintió su mente algo desconectada de su cuerpo que se movía básicamente impulsado por la convicción de que ya no había vuelta atrás.

Se encontró directamente con un inconfundible turista gringo. El señor fumaba pipa, sentado en un sofá de una pequeña sala de estar. Hacia esa sala

convergián tres pasillos formando una T en la cual el gringo ocupaba exactamente el punto de intersección. En cada pasillo se divisaban tres puertas de entradas a otras tantas habitaciones, de reojo en el pasillo del lado derecho distinguió la número 609, al fondo.

El gringo lo miró con curiosidad, tenía unos sesenta años, rostro pecoso, barba canosa, pelo largo, una barriga prominente que se desparramaba sobre unos shorts que dejaban al descubierto unas piernas flacas y largas que terminaban embutidas en unas gastadas zapatillas de gimnasia. El tipo dejó la pipa en un cenicero y le dirigió una sonrisa amistosa. Sin meditarlo mucho, Antonio decidió abordarlo en busca de algo de información.

- *¿What a noisy night!. ¿Did you hear those sounds? – señaló con la cabeza hacia el pasillo en el que estaba la habitación de Malala.*

- *Not at all. ¿What kind of sounds?*

- *Something like steps and shocks.*

- *No, I didn't hear anything.*

- *Well...may be I had a nightmare - Antonio le sonrió, ya que había dado el paso decidió continuar – I beg your pardon ¿what is your room number?*

- *608.*

- *I'm afraid I'm bothering you.*

- *¡Oh no! Not at all.*

- *Well, ..thank you. Bye*

- *You are wellcome!.*

Mientras se dirigía hacia el fondo del pasillo derecho, reanudó su soliloquio. “Así que no hubo ruidos, y este viejo estaba en la habitación de al lado. Y tiene pinta de estar hace rato acá, a juzgar por la cantidad de ceniza en el cenicero. Buen augurio. Ya Antonio, aquí vamos. Marina, si me quieres, hazme salir vivo de esta...y te prometo que me vuelvo monógamo”.

Miró la puerta y vio algo que ya le estaba comenzando a obsesionar: un cartel de No Molestar, ¿lo habría dejado puesto María Laura?, ¿o habrían sido los asesinos? Deslizó la tarjeta por la ranura, y empujó con decisión la puerta.

La habitación era espaciosa, estaba muy ordenada.

“Evidentemente este orden no se debe a la camarera. Hoy no debe haber entrado aquí gracias al dichoso cartel...Ah, ¡el Don't Disturb está jugando a mi favor!, gracias a que está ahí afuera colgado sé que esos huevones no han estado aquí todavía. Esos tipos buscando estupefacientes, o información sobre la droga, suponiendo que esa hipótesis sea la válida, algún desperfecto tendrían que haber dejado”. Mientras meditaba Antonio inspeccionó visualmente la habitación y se dirigió hacia el closet.

Era una típica habitación de Hotel, similar a la de él. En el closet había un par de vestidos colgados, dos pares de zapatos y una maleta. Abrió la maleta y comprobó que estaba todo tan ordenado como el resto de la habitación. Tras una rápida revisión constató que no había más documentos. Esto le reforzaba la hipótesis del narcotráfico, no importa si la mujer resultaba ser la tal Malala, aunque

no lo fuera, el hecho es que portaba sólo efectivo, no tenía agenda, ni chequera, ni tarjetas, en fin, nada de lo que lleva una mujer normal.

“Ya descarté que los asesinos se llevaran nada de valor porque no tendría sentido que dejaran el efectivo. Puede que María Laura haya tenido una agenda en su cartera, y que se la hayan llevado luego de matarla, por eso no necesitaron venir aquí y por eso estaba todo desparramado. ¡Momento!, si revolvieron todo en mi habitación, incluyendo mi maleta, ¡es porque pensaron que ella estaba alojando ahí!. Se dieron cuenta de que no era así porque no había pertenencias de ella en mi habitación, salvo su cartera”.

“Entonces, si es válida la teoría del narcotráfico, sólo caben dos posibilidades: o encontraron lo que buscaban, imagino que la agenda, allá en mi hotel, o me han estado siguiendo...esperando que yo los condujera hasta el refugio de ella, y por eso no me esperaron en mi habitación para extorsionarme o para matarme también a mí. Me pueden haber estado siguiendo todo el tiempo”

Dos golpes fuertes y secos sonaron en la puerta. El sudor frío lo cubrió nuevamente. Miró hacia la ventana, recordó que estaba en un sexto piso y que por ahí no tendría como escapar, corrió hacia la puerta para tratar de impedir que la abrieran. Vio una mirilla y se decidió a observar lo que le esperaba afuera. No tenía escapatoria, quizás gritar y llamar la atención con la esperanza de que desistieran.

Era el gringo. Suspiró aliviado y abrió un poco la puerta.

- *Do you want to go to the city tour?. The bus is gonna leave right now.*
- *No, thank you very much. I am a little bit tired.*

Luego de intercambiar amables palabras de despedida el gringo se fue a su paseo y Antonio pudo volver a terminar su registro.

“Bueno, puede que la presencia del gringo los haya detenido un rato y que vengan luego, o puede que sólo les interese saber cuál era la habitación de María Laura y que esperen a que me vaya. O puede que ya tengan lo que querían, cualquier cosa que sea, y que no piensen en venir. Pero yo ya estoy aquí, y no vale la pena que arranque dejando inconclusa la inspección. Total igual me pueden liquidar a la salida del hotel o en cualquier momento, si es eso lo que quieren”.

Ya un poco más controlado, comenzó un minucioso chequeo de los veladores, nuevamente el closet, la maleta e incluso los vestidos y zapatos. Buscaba papeles, fotos, paquetes de droga, cualquier cosa que le permitiera consolidar alguna de las hipótesis que se le enredaban en la cabeza. Registró la cama, y al levantar la almohada encontró un teléfono celular.

Lo tomó, aún estaba cargado, y en la pantalla se leía claramente *2 messages received*.

Apretó el botón y se llevó el teléfono a la oreja para escuchar los mensajes. Era una voz de mujer.

- “Gianina, soy Claudia, Claudia Greene, recibí su mensaje, estaré mañana a las cinco en la tarde para el Hostal de Santo Domingo, como tú proponer. Tú me conocerás por cartera roja, y un libro de García Márquez”.

¡Otra gringa!, ¿estaría metida en lo del narcotráfico? El mensaje era del día anterior, a las 11:35 PM., recordó que a esa hora estaba haciendo el amor con María Laura en el minarete de la muralla colonial.

Evidentemente la tal Claudia no se conocía con María Laura. En ese momento decidió que tenía que ir a esa cita, y hablar con la gringa. Quizás lograra averiguar algo importante.

Apretó el botón 2 del celular para escuchar el siguiente mensaje, este era muy reciente, la robótica voz del buzón de mensaje recitó.

“...de número de teléfono 245 23 23, recibido hoy, a las 10:47 minutos ...¡clic!...”-

Una voz de hombre continuó:

- “Supe que ya estabas aquí, estoy preocupado, sabemos que algunos de tus socios de la empresa llegaron ayer, le preguntaron por ti a un amigo, él cree que se molestaron por la forma en la que retiraste tu participación en la sociedad y están muy interesados en contactarse contigo. No sé por qué lo hiciste ni en qué estás, pero llámame, sabes que te voy a ayudar. Lo sabes, de lo contrario no me habrías llamado para darme el número de tu móvil, si no estamos muy recargados podríamos intentar reunirnos mañana o pasado...no te defraudaré esta vez”.

Más de lo que esperaba encontrar en la habitación 609. Guardó el celular y salió de la habitación. “¡Gracias Marina! Si salgo finalmente vivo de esta, tendré que saber agradecértelo, soy capaz hasta de casarme”.

VIII

Unos pocos feligreses rezaban en la iglesia de San Pablo Clover. Eran las 12:10, algo pasada la hora en que habían convenido reunirse con Sergio. Antonio se asomó al interior, no se veía a Sergio por ninguna parte. Atravesó el umbral y avanzó por el pasillo hacia el altar.

Se sentó a esperar. No había alcanzado a impacientarse cuando escuchó pasos. Se volvió lentamente hacia un costado y vio a su amigo que se acercaba. Sergio se sentó y le susurró en forma casi inaudible.

- Antonio, te traigo noticias, no sé si buenas o malas, pero en fin. Lo más probable es que la mujer asesinada efectivamente sea Malala, que a todo esto se llamaba Inés Medina.

- ¿Cómo lo averiguaste?

- Los de Seguridad tienen cámaras que filman continuamente en los aeropuertos, identificaron a una mujer sospechosa abordando un vuelo Bogotá - Cartagena, le venían siguiendo la pista desde Cali. Esa mujer se contactó allá con ex colaboradores de las FARC, hoy descolgados. Ninguno de ellos la ha identificado hasta ahora por ninguna de sus chapas conocidas, pero todos coinciden en que se trataba de una importante dirigente de las FARC aún en

activo, los contactó con el pretexto de sondear la posibilidad de que se reincorporasen o que colaborasen en el repliegue en que están enfrascados en estos días.

- ¿Por qué piensan que se trataba de María Laura?

- No hay muchas mujeres que ocupen cargos importantes en las FARC, de hecho es prácticamente la única.

- ¿Y porqué los tipos de Seguridad no están seguros de que la mina que seguían fuera María Laura?, ¿o Inés o cómo se llame?

- La mujer a la que seguían los despistó pocos instantes después de aterrizar en Cartagena, antes de que pudieran confirmar la hipótesis. Aunque en cierta forma el hecho de que los despistara refuerza la hipótesis de que pudiera ser Malala, ya que ella está - o estaba- muy entrenada en contrachequeo. El hecho de que pudiera ser ella, explicaría lo fácil que le resultó a esa dama perderse de los de la División de Seguridad, antes de que siquiera intentaran enviar a algún agente a contactarla. Los tipos sólo se quedaron con las grabaciones y fotos que le sacaron en los aeropuertos. A propósito, me mandaron por Internet un archivo “jpg” en el que sale la supuesta Malala. La verdad es que la pinta de la mina que sale en la foto no tiene nada que ver con la rubia que sale en el pasaporte que me mostraste, ni con la Malala que yo conocí.

- Déjame ver la foto, si es que la tienes aquí.

- Sí, la imprimí - Se metió la mano al bolsillo y extrajo un papel -, aquí la tienes.

Antonio miró la foto. Un nuevo torbellino de emociones se le vino encima. Se le agolparon imágenes en la cabeza: la rubia María Laura haciendo el amor con él en el minarete de la fortaleza, María Laura ensangrentada en la cama, una mujer de pelo negro, anteojos negros, la cabeza casi cubierta por un pañuelo, arrastrando un coche con un bebé,...porque esa era la imagen que ahora le estaba golpeando desde la foto.

- Pucha Sergio, sé que no es el momento, pero necesito un trago. ¿Podemos ir a algún lugar relativamente seguro y tomar algo?

- ¿Por qué? ¿Qué pasa?

- Conozco a esta mina de la foto, sea o no sea María Laura, hasta hablé con ella en el aeropuerto de Bogotá. No sé qué pensar, a estas alturas creo que sólo un copete puede ayudarme.

Sergio le dedicó una mirada compasiva

- Ya, vamos a comer algo, si es que puedes comer, y nos tomamos unos tragos. Pero anda pensando en la posibilidad de contarle todo a algunos policías de confianza, eventualmente a gente de la División de Seguridad. En cualquier caso, qué quieres que te diga, prepárate para una estadía en Colombia más dilatada de lo que esperabas. A todo esto, ¿averiguaste algo sobre esta mina en tu pasada por el hotel?

- Sí, en el camino te cuento. Mira hermano, no pienso informar oficialmente nada todavía. Tengo el celular de Malala, con mensajes para un par de citas que ella tenía concertadas para hoy. Pienso asistir yo en su lugar, al menos a una,

Luego veré si destapo la caja de Pandora. Te sigo, en el camino te cuento más detalles.

Ambos hombres se levantaron lentamente y se encaminaron hacia la salida de la iglesia.

No abordaron ningún vehículo, caminaron lentamente por las estrechas calles coloniales y Antonio le informó a su amigo de sus hallazgos en el Hotel Decamerón.

- ¿Estás seguro de lo que vas a hacer?- inquirió Sergio - ¿Has pensado en que de aquí a las 7 PM en tu hotel alguien se puede decidir a entrar en tu habitación y encontrarse con todo el pastel?

- Correré el riesgo, mira si es un agravante el no haber avisado a tiempo sobre el crimen, puedo alegar que nunca supe nada, que salí en la mañana dejándola dormida, que quedamos de juntarnos en la noche en mi pieza y que me estoy enterando por ellos del asesinato.

- No sé...

- ¿Y qué pierdo? Yo ya no puedo estar peor, pero tengo la intuición de que si voy a la cita con la gringa esa, algo voy a sacar en limpio. Cierto que tengo mis dudas con el tipo que la llamó después, quizás lo llame, pero primero voy a partir con la gringa.

- Es peligroso, no sabes quién es, ni en qué podía estar metida con Malala. Además que me parece tan raro que la mujer que te abordó en Bogotá resulte ser la misma que ahora está muerta en tu pieza. Piensa que el breve encuentro que

tuvieron en el aeropuerto debe estar grabado por la División de Seguridad, eso te complica más, puede involucrarte en cualquier cosa que Malala estuviera haciendo aquí, ir a ver a la gringa te puede comprometer más. Bueno, la verdad es que eso te complica igual, vayas o no vayas a la cita, esas grabaciones o fotos te dejan igualmente complicado.

- Sí, yo no veo otra que jugármela intentando obtener algo de las dos personas que la llamaron. Gracias por todo Sergio...Me da vergüenza huevearte más pero, ¿me podrías dar un celular o algún teléfono donde ubicarte? Lo más probable es que antes del día de mañana tenga que tomar una decisión, y me gustaría que si decido declarar todo, pudiera tener la oportunidad de hacerlo ante gente que te merezca alguna confianza.

- ¡Cuenta con eso!

Sergio sacó una tarjeta de visita de su billetera y se la extendió a Antonio. La caminata los había llevado frente a un restaurant. Entraron.

- Bueno Sergio, que no se diga que no alcancé a tomarme unos buenos tragos contigo en Colombia, sea lo que sea lo que venga después. Piquemos algo y pidamos un vinito.

- OK.

IX

Antonio caminó con paso lento por la calle Coliseo en dirección al Hostal de Santo Domingo, Sergio le había indicado donde se encontraba el Hostal, sólo a unos pasos de la Bodeguita del Medio. Faltaban quince minutos para las cinco.

Se sentó en un parque a fumar un cigarro, fumaba poco pero cuando bebía le sobrevenían unas pavlovianas ganas de fumar, respuestas condicionadas de un organismo acostumbrado a que la llegada de alcohol a la sangre viniese siempre acompañada de un dosis de nicotina.

Había tenido la presencia de ánimo y el autocontrol suficiente para no beber de más; un daiquirí cada uno y luego una botella de vino entre los dos. Miró el reloj, marcaba las 6:52, no había ajustado el horario chileno con el colombiano, así que mentalmente restaba las dos horas de diferencia.

Se levantó y caminó la cuadra que lo separaba del Hostal, desde lejos se veía el gran pórtico de entrada y un patio interior colonial plagado de mesas metálicas con cubierta de vidrio.

Entró y su mirada recorrió el amplio local buscando a alguna mujer con cartera roja y un libro de García Márquez. No había ninguna. Se sentó en la primera mesa vacía que encontró y ordenó un café.

A las 5:17 hora colombiana, vio entrar a una mujer delgada, de unos cincuenta años, lentes ópticos de marco descomunal, pelo largo casi totalmente canoso y bastante despeinado, falda roja larga y blusa estilo hindú sobre la que resaltaba un gran collar con motivos mayas. De su brazo derecho colgaba una llamativa cartera roja y bajo el izquierdo portaba una edición de “El amor en tiempos del cólera”. En su conjunto la dama trasmitía una inconfundible imagen de gringa progre pegada en la etapa hippie.

Mientras la miraba sentarse y acomodar su cartera a tres mesas de distancia, Antonio sintetizó las conclusiones preliminares. La impuntualidad en la llegada de la gringa le pareció absolutamente incongruente con cualquier tipo de actividad clandestina.

Por experiencia propia él sabía que cuando en un “punto” la contraparte no llegaba a la hora, se le daba un margen nunca mayor a los cinco minutos, al cabo de los cuales había que desaparecer cuanto antes, el retraso podía significar la captura del retrasado a manos de algún organismo de seguridad, y la eventual caída del puntual si es que este desaprensivamente decidía permanecer a la espera por más tiempo del aconsejado.

El desparpajo con el que la gringa abrió el libro y comenzó a leer, y la indiscreción con la que cada cierto tiempo levantaba la vista buscando a alguien en

el local, a veces incluso levantándose del asiento, terminó por convencerlo de que no era más que una gringa despistada absolutamente ajena a las prácticas más elementales del trabajo clandestino. Cualquiera que fuera su relación con Malala, esa hippie difícilmente podía tratarse de una peligrosa y ni siquiera importante miembro de ninguna organización.

Se decidió a abordarla. Tenía decidido que su estrategia, para vencer la natural desconfianza que despertaría en ella, sería la de mostrar una gran cercanía con Malala, por quien la gringa parecía estar muy interesada a juzgar por el tono del mensaje que había dejado el día anterior.

Sin más preámbulo se levantó y caminó hacia su mesa. Ella levantó su mirada hacia él sorprendida. Antonio tomó la silla contigua a la gringa y la acomodó para sentarse.

- Hola, usted debe ser Claudia, Claudia Greene.

La gringa se sacó los lentes y se removió inquieta en su asiento.

- Soy amigo de Gianina, he venido en su lugar.

La cara de sorpresa de Claudia iba en aumento, se le veía muy nerviosa y no atinaba a decir nada. Antonio decidió jugarse un *bluff*, recordó la voz masculina del segundo mensaje que había en el celular de Malala.

- Mire, supongo que ella le habrá prevenido de que su situación era complicada, pero que tenía amigos que la podían ayudar.

En ese momento por fin la dama sacó la voz.

- ¿Estar bien ella? – Aparentemente su manejo del castellano se deterioraba sensiblemente con los nervios.

- A ver. La situación de Gianina está bastante complicada, ...muy difícil, pero de alguna manera gracias a ella yo me enteré de esta cita y de que era importante que viniera, ...ya que para ella era imposible asistir.

La miró y guardó silencio esperando alguna retroalimentación con información. Se sentía algo incómodo mintiéndole así, pero necesitaba dar la sensación de que cualquier cosa que hubiese entre las dos mujeres debía seguir en pié, más aún, que él era algo así como un delegado de Malala, de esa forma esperaba enterarse a qué había venido la rubia a Cartagena, y qué relación podía haber entre ese asunto y su asesinato. Para corroborar si iba bien encaminado le preguntó:

- ¿Usted sabía que el viaje de Gianina hasta aquí era difícil para ella?

- Sí.

- Me imagino que le advirtió de que podría fallar o enviar a alguien en su lugar.

- No, no me dijo que estar esa alternativa, pero sí sabía que haber alguien más que tenía relación con ella.

- ¡Ah! – Antonio respiró algo más aliviado, ahí estaba la puerta para entrar a conversar de forma más prolongada con la gringa, tenía que ser astuto para no evidenciar su necesidad de información y su absoluto desconocimiento de la vida de Malala y de todo lo relacionado con su fatídico viaje -. Me llamo Antonio, ¿me

habrá mencionado supongo?- Esto era otro *bluff* que apuntaba a que ella revelara algún nombre, posiblemente el del hombre que había dejado el segundo mensaje en el contestador.

- No, no me mencionó su nombre, pero me dijo que ella estaba en ese momento la única que tener la información aquí, pero que por precaución pensaba compartir con un amigo antes de encontrarse conmigo, ahora entiendo que ese amigo era usted.

- ...claro, ella necesitaba asegurarse de que la información le llegara a usted.

Así que eso era lo que traía, nada de cocaína, ni de plata,...lo que traía era información. ¿Por eso la habrían matado?, ¿para evitar que entregara a alguien alguna información importante?, ¿pero qué podía tener que ver esta gringa despistada con cualquier conspiración que involucrara información importante?

- Supongo eso, ¿entonces usted me puede decir de qué se trata?, ¿qué es lo que Gianina me tiene que decir?

- Hum, veamos. – No estaba preparado para eso, que le devolvieran la pelota a su cancha tan rápido, sin haber logrado obtener más pistas, y lo que es peor, aparentemente sin esperanzas de poder obtenerla. Asumiendo un aire algo arrogante la miró de arriba hacia abajo y continuó

- ¿O sea que usted desconoce todo acerca del motivo del viaje de Gianina hasta acá?

- Absolutamente, ¿me puede decir qué era eso tan importante que nos debía comunicar?, ella nos ha estado anunciando su visita desde hace un par de semanas,

se preocupó mucho de que la tomáramos en serio, y la tomamos en serio, por eso vine.

- Sí claro, desde luego que se trata de algo muy serio.

Antonio pensó que esa era la parrafada más larga que había soltado la gringa hasta el minuto. Si bien era nula la información obtenida sobre el motivo del viaje de Malala, acababa de informarse de algo importante, la gringa no iba por su cuenta, el “nos debía comunicar” implicaba una organización, ¿para quien trabajaba la gringa?, debía averiguarlo, bajando el tono de voz continuó:

- Disculpe, no me malinterprete... supongo que usted es Claudia Greene porque llegó portando las señas que Gianina me permitió conocer, pero... ¿cómo yo me aseguro de que usted efectivamente pertenece a..., a la organización a la que le debe llegar la información?

Se sentía hablando vaguedades, ya no sabía cómo continuar induciendo a la gringa a hablar. En el caso de que ella se negara a responder a su pregunta la conversación podría llegar a un punto muerto.

- Bueno, la verdad es que yo no pertenezco, soy colaboradora pero no trabajo ahí, yo siempre suponer que por eso Gianina se comunicaba conmigo, le daría más seguridad, si llegaba a ser descubierta podía pasar por una conocida de ella y pocos conocer mi condición de ayudista, así que de hecho no tengo cómo demostrársela a usted.

“¿Qué sería “ahí”?, ¿con quien colaboraba la gringa?”. Decidió lanzar un dardo al vacío una vez más.

- No es necesario que me muestre un documento, pero por ejemplo, dígame el nombre de alguno de aquellos con quienes trabaja, así yo puedo comprobar lo que me diga...

- ¡Ah!, para comprobar. ¿O sea que usted conoce gente que trabaja en Amnesty?

¡Bingo!, ¡eso era!, ahí colaboraba la gringa.

- Sí, conozco gente en Amnesty, quizás por eso Gianina me ubicó a mí también.

Mentir en esa ocasión le costó mucho menos porque ya conocía parte de la información que le faltaba, pero acto seguido se arrepintió, su inclinación a lo culpa y su alta valoración de ese organismo internacional, le hicieron tomar la decisión de comenzar a decir parte de la verdad, pero previamente debía asegurarse:

- Claudia, ¿conoce usted a Diego Benavides?

- Sí, es el representante de Amnesty en Chile, lo conocí en Santiago hace unos años,... ya me parecía por el acento que usted era chileno.

- Soy chileno - “y no tendría por que cresta estar aquí en este minuto” pensó mientras pedía un café a un mozo que pasaba -. Mire Claudia, temo que algo grave la ha ocurrido a Gianina, por cierto ese no es su verdadero nombre, usted ya lo debe haber supuesto.

- ¿Qué ha sabido de ella?

A esas horas del día sabía bastante en comparación con la incertidumbre de las primeras horas de la mañana. Algunas piezas comenzaban a encajar.

Todo parecía indicar que María Laura era Malala, militante de las FARC que había emprendido un viaje fuera de la zona en poder de la guerrilla, con el objetivo de entregar cierta información a Amnesty. Ahora comenzaba a entender el segundo mensaje del buzón de voz, evidentemente era un mensaje en clave. Recordó la voz del hombre: “sabemos que algunos de tus socios de la empresa llegaron ayer, le preguntaron por ti a un amigo...”. Antonio recordó su propia época clandestina, cuando para referirse al FPMR en conversaciones telefónicas hablaban de “el club”. Probablemente “la empresa” se refería a las FARC y “los socios” eran compañeros de armas que estaban buscando a María Laura.

El mensaje seguía con algo así como “ellos se molestaron por la forma en la que retiraste tu participación en la sociedad y están muy interesados en contactarse contigo”. Bajo las hipótesis anteriores, eso podría indicar que el viaje de Malala no contaba con la aprobación de sus compañeros de la organización o no les había sido informado, y esa debía ser la razón por la cual la estaban buscando. Aquello de “no sé por qué lo hiciste ni en qué estás, pero llámame, sabes que te voy a ayudar”, parecía indicar literalmente que el autor de la llamada desconocía el motivo del viaje, pero sabía que ella venía a Cartagena a juzgar por el “supe que ya estabas aquí”. Por último lo de “si no estamos muy recargados podríamos intentar reunirnos mañana o pasado” debía ser una invitación a encontrarse sólo si no detectaban algún seguimiento.

Antonio se percató de que sus cavilaciones habían interrumpido la conversación con la gringa que aún lo observaba con expresión expectante. Decidió dar a conocer la parte más importante de sus conclusiones.

- Gente de la organización a la cual ella pertenece, o pertenecía, la ha seguido hasta aquí, aparentemente con no muy buenas intenciones. Gianina no ha estado en su habitación del hotel desde hace un tiempo.

- ¿Usted sabe donde aloja?

- Sí, sé donde alojaba, ahora no está ahí, pero sí están sus pertenencias, le propongo que nos reunamos mañana nuevamente, yo intentaré en lo que queda del día, de saber algo sobre ella.

La gringa mostraba ahora genuino miedo y preocupación.

- ¿No deberíamos avisar a la policía?

Antonio buscó razones plausibles para disuadirla de esa idea, todavía necesitaba tiempo para averiguar más, ¿qué información querría Malala entregar a Amnesty?

- No, no podemos hacer eso. Quizás sólo está oculta y dar publicidad a esto podría inducirla a arrepentirse y a huir, usted entenderá que ella a quienes menos desearía tener cerca es a la policía, además supongo que ya sabrá que en este país nunca se sabe para quien pueden estar trabajando los "representantes del orden". En todo caso...debemos estar preparados para el evento de que no tengamos la suerte de ver a Gianina.

- Yo sé que para usted debe ser difícil la situación, usted la conoce personalmente y en este momento debe preocuparle la suerte de ella por sobre cualquier otra cosa, pero...¿no podría entregarme esa información tan importante que ella quería darnos?

- Lo lamento, ahora no puedo. Le propongo reunirnos mañana aquí mismo a esta hora. Hay una posibilidad de que yo no pueda llegar, lo sabrá con anticipación porque seguramente habré salido hasta en la prensa, mi nombre completo es Antonio Feger. Ahora bien... si llego, espero poder darles la información que Malala, perdón Gianina traía consigo.

Se despidió y se levantó para retirarse, pero luego de dar un par de pasos regresó y se agachó para hablarle nuevamente en voz baja, casi susurrándole al oído.

- Me imagino que tiene buenos motivos para desconfiar de mí, pero le pido que si mañana no ha tenido noticias mías por la prensa, vuelva a este lugar. Si necesita sentirse más tranquila venga con compañeros, traiga a gente de Amnesty, pero recuerde...no tomen contacto con la policía. Quiero evitar que se malogre lo que Gianina se propuso. ¡Adiós!

X

Se dirigió a un teléfono público. Ya estaba algo pasado de la hora en la que había convenido llamar a Marina a Santiago, necesitaba hablar con ella. Marcó el número de la oficina de su pretendida en el Banco, lo más seguro es que aún estuviese ahí.

- Aló, habla Marina ¿en qué puedo atenderle? - Era la frase cliché con la que contestaban todos los profesionales del Banco.

- ¿Atenderme? Mmm, puede atenderme de muchas formas, las que más me agradan son todas en posición horizontal. Pero estoy algo lejos como para que me pueda atender hoy.

- ¡Eres tú fresco! Te noto mejor, te escucho más animado, como que volviste a ser tú de nuevo. - Ella solía ser bastante intuitiva - ¡Que bueno!, en la mañana me dejaste preocupada.

- Sí, la verdad es que no ha sido un buen día - De hecho debía ser por lejos el peor día de su vida -, pero parece que va mejorando la cosa, oye...-

Antonio sintió de pronto todo el peso de su complicada situación, la posibilidad cierta de no poder volver en mucho tiempo, o volver en condiciones radicalmente distintas. En general, le costaba expresar sus sentimientos, era más

fácil ir de descarado por la vida. Respiró hondo, trató de animarse a continuar.

Finalmente decidió que no era el mejor momento para hablar de temas serios.

- Oye, cuando vuelva quiero que conversemos,...sobre nosotros.
- Sí. Yo también necesito hablar contigo.
- Espero que sea algo bueno.
- Ahí hablaremos, te tengo que dejar, tengo que juntarme con mi amiga, chao.

Cuídate. ¡clic!

Mala cosa, esas interrupciones bruscas de Marina eran síntomas típicos del inicio de un período de distanciamiento. Antonio ya la conocía bien. Ella se debatía entre las restricciones sociales de su formación conservadora, y sus impulsos naturales hacia la libertad y la pasión. Esas dos fuerzas opuestas: su formación valorativa, y su carácter apasionado, la hacían oscilar como un péndulo.

De la misma forma en que Marina era capaz de tomar la decisión de escapar con él durante una noche, o una semana, cediendo a su atracción por lo entretenido e imprevisible, y olvidándose por un tiempo de Fernando, de la misma manera y como secuencia lógica, la embargaban luego las culpas, la sensación de estar causando daño y el temor, todo lo que la impulsaba a regresar a los brazos de su eterno prometido y distanciarse nuevamente de Antonio.

Parecía que el movimiento pendular se estaba repitiendo una vez más. Luego de que las relaciones entre ellos, justo antes del viaje a Colombia, parecían ir nuevamente en un período de alza, la conversación reciente le indicaba claramente un ciclo de alejamiento. Cuando Marina sacaba a colación que debía juntarse con

“su amiga”, estaba enviando, consciente o inconscientemente, una señal clara: “no quiero conversar mucho contigo, ni tengo apuro en que nos veamos luego”. De hecho “mi amiga” nunca era nombrada, no era Andrea, ni la hermana, ni ninguna de sus amigas conocidas, era algo así como la amiga imaginaria que acudía a reforzarla en sus procesos de alejamiento, cada vez que buscaba desentenderse de él.

En esos pensamientos estaba sumido cuando ocurrió algo que en algún momento del día le había temido pero que ya había olvidado por completo: comenzó a sonar en su bolsillo el celular de María Laura. Lo sacó y vio en la pantalla “# 245 23 23 *calling...*”.

Era el número del hombre que había dejado el segundo mensaje en el buzón de voz de Malala. Antonio había pensado en llamarlo, y había meditado también respecto a qué hacer en el caso de que recibiera esa llamada. Sin embargo todo lo que había pensado decir y hacer, se había visto modificado luego de la conversación con Claudia Greene. Tendría que improvisar, pero ya sabía que era lo que tenía que tratar de obtener del hombre que estaba llamando.

Parte de lo que había podido meditar durante el día, se relacionaba con la autenticidad de la lealtad que aquel hombre declaraba hacia Malala, “ Llámame, sabes que te voy a ayudar, ...lo sabes, de lo contrario no me habrías llamado para darme el número de tu móvil...no te defraudaré esta vez”. Sonaba sincero.

Lo que le decidió a tomar la decisión de contestar el llamado, era justamente el hecho de que el hombre nuevamente estuviese llamando, eso mostraba que

suponía viva a María Laura, luego no tenía que ver con los asesinos. Cabían un par de alternativas más, ambas un tanto rebuscadas: que el desconocido formara parte del grupo de asesinos, que hubiesen seguido a Antonio en su visita al Hotel Decamerón, que por tanto estuviesen enterados de que se había llevado de allí el celular del Malala, y que lo estuviesen llamando ahora con quien sabe qué objetivo probablemente funesto. La otra posibilidad es que los asesinos hubiesen capturado al desconocido amigo de Malala, y que en ese momento recién hubiesen dado a través de él, con el número del celular de la mujer y lo estuviesen discando para investigar.

Mantuvo su apuesta a la posibilidad de que quien llamara fuese una persona genuinamente interesada en Malala. De su época de activista de causas difíciles le había quedado un optimismo a prueba de fuego. El mismo optimismo que le había llevado a esperar hasta ese minuto sin denunciar el crimen, confiando ciegamente en que el poder de un simple cartelito de “No Molestar” podría mantener todavía el hermetismo en torno a su habitación. Apretó el botón de conexión del celular.

- Hola, ¿quién desea hablar con Malala?

XI

Sergio Alcayaga hundió el pié en el acelerador del viejo toyota Tercel que le habían asignado en el periódico. El velocímetro indicaba 140 kilómetros por hora. Casi volaba esquivando coches, autos y personas por el malecón en dirección al Hotel Decamerón.

El reloj digital de tablero marcaba las ocho y cuarto pm. Poco después de las siete había recibido el lacónico mensaje de Antonio.

- Sergio, llegó la hora, por favor avísale a tu gente de confianza de la División de Seguridad acerca de todo lo que sabes, y que estén en la habitación 609 del Hotel Decamerón a más tardar a las ocho y media, ni un minuto más tarde, cualquier retraso podría tener consecuencias graves para mí.

- Oye,...¿y tú qué vas a hacer?

- No te preocupes por mí, si todo va bien espero estar ahí esperándolos, si me pudieras traer un fierro sería bueno. Te dejo que todavía tengo que hacer algo.

Antonio no había vuelto a llamar, confiaba en que estuviese bien. Sergio había tenido el tiempo exacto para contactar a su amigo de la División de Seguridad en Bogotá para que este a su vez lo contactara con su gente de confianza en Cartagena.

Afortunadamente los agentes habían respondido con prontitud. Cuando Sergio llegó a la oficina en un edificio comercial en la isla de Tierra Bomba, los cuatro hombres lo estaban esperando armados. Los dirigía un individuo joven a quien los demás llamaban “El Negro”.

Sergio les hizo un resumen de todo lo que Antonio le había contado. Su auditorio estaba constituido por gente de acción, por lo tanto tampoco preguntaron detalles más allá de lo que Sergio sabía. Luego de escuchar con detención, El Negro dijo simplemente:

- Andando, tenemos veinte minutos para llegar al Hotel a las 20:30 en punto. ¿Usted va en su propio carro?

- Sí - respondió Sergio, en ese momento recordó el encargo de Antonio -. ¿No tendrá un par de armas para mí y para mi amigo?, no sé bien a qué vamos pero él sí lo sabe, y me dijo que sería bueno llevarlas.

El Negro, abrió un closet y sacó un par de pistolas calibre cuarenta y cinco, se las entregó a Sergio.

- Entiendo chileno, que tú y tu socio saben usarlas.
- Tranquilo, no habrá problemas.

A las ocho y veinticinco minutos Sergio estaba estacionando frente al Hotel Decamerón. El Negro y sus hombres ya habían llegado y esperaban en la puerta del Hotel, intentando vanamente disimular su inconfundible pinta de agentes de seguridad, ese patrón idéntico al de los agentes de cualquier país.

Luego de desistir del ascensor debido a su tardanza, los cinco hombres subieron apresuradamente por la escalera. A las ocho y media en punto se encontraban frente a la puerta de la habitación 609, Sergio comprobó que aún estaba colgando de la manilla un cartelito de “No Molestar”.

El Negro y uno de sus hombres desfundaron sus pistolas y golpearon. La puerta se abrió lentamente. Era Antonio.

- ¡Pasen rápido!, ojalá nadie los haya visto armados, en este momento necesitamos no llamar la atención.

Los cinco hombres entraron a la habitación. Sergio saludó a Antonio y le entregó una de las pistolas. El Negro y sus hombres sin pronunciar palabra se abocaron a una detallada inspección visual de la habitación de Malala. Antonio los interrumpió.

- Tenemos poco tiempo, acabo de tener una conversación telefónica instantes antes de que llegaran. Si mis predicciones son correctas, antes de media hora a contar de las ocho y media, tendremos aquí a uno o varios de los asesinos.

- ¿Qué hiciste chileno?, ¿por qué sabes que van a venir?

- No estoy cien por ciento seguro, pero es lo más probable y lo más seguro es que si vienen llegarán pronto. Por favor, dejen que les explique todo más tarde. Sugiero que se oculten, un par de ustedes pueden meterse tras las cortinas evitando que los vean por el ventanal del balcón, otros dos en el closet y tú Sergio en el baño. Esta es mi idea: los tipos llegarán preguntando por mí, yo los hago pasar, los conduzco lo más cerca posible del centro de la habitación de forma que

ustedes cuatro - Señaló hacia El Negro y sus agentes -, queden rodeando a los asesinos. Sólo yo tendré toda la visibilidad de la escena, así que les tengo que dar alguna señal cuando ya estén todos dentro del perímetro necesario para que ustedes los controlen. Cuando me escuchen mencionar el nombre de "Pacho" ustedes actúen.

- A ver cabrón - interrumpió El Negro -, ¿y si se queda uno de ellos fuera vigilando? Mira, vamos a dejar a uno de nosotros fuera encargado de controlar a cualquiera que se quede afuera. A ver Pablo - Se dirigió a uno de su grupo -, vete a la habitación que está atravesando el pasillo dile a cualquier mozo que la abra y que se quede adentro contigo, no queremos pendejos dando vuelta por el pasillo. Si la habitación está ocupada encierras a los pasajeros en el baño. ¡Andando!

El Negro tomó el control de la situación, aunque en lo grueso había acatado el plan de Antonio. Pablo se fue, mientras que Sergio, el Negro y sus dos hombres tomaron posiciones en el baño, el closet y tras las cortinas respectivamente. Antonio quedó sólo esperando a los pies de la cama, se sentó en una silla y pensó en el cuerpo de María Laura, desnudo y ensangrentado en su habitación de El Caribe.

Se inició una tensa espera. La habitación estaba en una semipenumbra, Antonio había regulado la luz a un mínimo para dificultar la visión de la pieza. Había calculado que mientras esperaban, el grupo de emboscadores tendría tiempo para adaptarse a esa visibilidad mientras que a los recién llegados les costaría percatarse de la presencia de más personas ocultas en la habitación.

Sergio había dejado apenas abierta la puerta del baño en el que se ocultaba, sólo lo suficiente para mirar desde un ángulo en el que alcanzaba a dominar casi toda la habitación. Justo al frente, en el extremo opuesto veía la puerta de entrada, a la derecha desde dicha puerta veía el closet en el que estaba El Negro, directamente a su izquierda, a un costado del baño, estaba el ventanal tras cuyas cortinas se ocultaban los otros dos hombres. A mitad de camino del trayecto que iba desde su punto de observación a la puerta de entrada, se encontraba Antonio sentado cabizbajo.

Estaba contemplando a su amigo cuando se escuchó un estampido y la puerta de entrada se abrió violentamente, un grupo de hombres irrumpió disparando. Vio caer a Antonio, y cuando intentaba apuntar al bulto de cuerpos que entraba, sintió un fuerte golpe en el tórax que lo hizo saltar hacia atrás. Cayó golpeándose la cabeza contra el lavamanos.

XII

Antonio se había arrojado al suelo cuando vio volar la chapa de la entrada con el primer disparo que le ensordeció. Casi desde debajo de la cama apuntó a la puerta que inmediatamente se abrió de una patada, vio a tres hombres entrar disparando. Casi al tiempo que escuchó un grito de dolor de Sergio a sus espaldas en el baño. Antonio apuntó y disparó al pecho de uno de los hombres que corría hacia él apuntándolo a la cabeza.

Vio al hombre caer y mientras simultáneamente cayó otro de los asaltantes, alcanzado por un tiro que provenía del pasillo, dedujo que Pablo estaba haciendo lo suyo.

Mientras el Negro y sus otros dos hombres ya habían salido corriendo de sus escondites y encañonaban desde todas direcciones al tercero de los presuntos asesinos.

- ¡Quieto cabrón o te partimos la madre! - El Negro le apuntaba directamente a la cabeza al único que se mantenía en pie, miró a uno de sus hombres y le ordenó -: Ve al baño a ver si está vivo el carajo ese ¡Y tú tira el arma hijoeputa!

Antonio se estaba incorporando y no se percató que uno de los dos hombres que yacían en el suelo levantaba lentamente un arma. Tampoco se percató el resto del equipo: uno de los hombres del Negro había corrido al baño, el propio Negro y los otros dos encañonaban al tercer asaltante gritándole y conminándolo a soltar su arma.

Antonio escuchó el estampido y vio el fogonazo que salía a la altura del suelo. Se escuchó un alarido de muerte. El ya lo conocía, al menos un par de veces había escuchado ese grito angustiante, el desgarrido del que siente que se le va la vida.

Era Pablo. Uno de los hombres del Negro disparó a la cabeza del agresor rematándolo en el suelo. El tercero de ellos en ese mismo momento arrojó su arma y levantó los brazos.

Descubrió en un rincón el revólver del hombre que él mismo había abatido, se agachó a recogerlo. Luego se volvió a observar al que había estado a punto de vaciarla sobre su cabeza. El tipo estaba vivo. Se revolvía en el suelo apretando con sus dos manos una herida en el hombro.

Supuso que el hombre viviría, eso le tranquilizó. Manaba poca sangre del hombro, y desde luego no podía tener afectado ningún órgano vital. De hecho se sorprendió de que el que parecía ser el cabecilla hubiese abandonado tan pronto la batalla. A veces los “duros” se ablandan cuando se ven en desventaja, quizás el tipo había evaluado que estaban perdidos y no intentó nada más, a diferencia del que le había disparado a Pablo.

El aparente cabecilla jodido por Antonio, jadeaba y se retorció, pero vivía, mientras que el asesino de Pablo yacía con la cabeza destrozada, una masa informe ocupaba el lugar donde antes hubo un rostro.

Antonio pasó una rápida revista de la situación mientras El Negro y su gente registraban y desarmaban a los dos sobrevivientes. Un fuerte olor a pólvora invadía la habitación.

Volvió a pensar en Malala. En su cama lejos de esa escena continuaba su sueño eterno esa hermosa mujer. El cuerpo desnudo de María Laura - Gianina-Inés, ya desprovisto de vida, había sido capaz de desatar ese vendaval de fuego y muerte.

Antonio imaginó el cadáver de la mujer como una esfinge mágica que había atraído hacia sí a nueve hombres, dos de los cuales habían perdido la vida, una especie de tributo del mundo masculino a la diosa del amor, un ritual de sacrificio para honrar la partida de esa Afrodita tropical.

Dos sacrificios, Pablo y su asesino. Dos heridos, uno de ellos su amigo Sergio. Recién entonces Antonio reaccionó, sintió que su corazón se aceleraba súbitamente, le entregó el revólver al Negro y se dirigió corriendo hacia el baño.

Sergio se quejaba, el hombre acuclillado a su lado le limpiaba una herida a la altura del esternón. El hombre escuchó a Antonio que entraba y le explicó lo ocurrido.

- Su amigo es un verraco con mucha suerte. El tiro que le tocaba dio en la manilla de la puerta del baño y se la llevó por delante. La herida que tiene este

señor es por el golpe de la manilla en el pecho. Se le incrustó un poco y le quebró el esternón y una costilla. Mire usted- levantó un trozo de metal y se lo entregó a Antonio.

Era una extraña escultura: el aspa de la manilla doblada como búmerang, con la bala ensartada en el vértice.

XIII

- Vamos a ver señor Feger. Explíquenos todo desde un principio.

Habían regresado a las oficinas de El Negro en el edificio de la Isla de Tierra Bomba. La policía ya había retirado los dos cadáveres del Hotel Decamerón y el cadáver de María Laura en el Hotel Caribe. Dos de sus asesinos, los sobrevivientes, estaban detenidos.

Luego de haber recibido una rápida curación, Sergio trató de negarse a ser conducido a un hospital para seguir acompañando a su amigo, pero de todas formas lo habían decorado con un aparatoso vendaje para después despacharlo al Hospital Militar. Así que Antonio fue trasladado solo hasta el cuartel general de la División de Seguridad en Cartagena.

Feger se sumergió en un pormenorizado relato de cada incidente de aquel día, desde el momento en que había encontrado a Malala muerta en su habitación, hasta la conversación con Claudia Greene en el Hostal de Santo Domingo.

-OK, todo esto coincide con lo que nos contó el señor Alcayaga - interrumpió El Negro - ¿Qué pasó después?

- Cuando supe por la señora Greene, que el motivo del viaje de Malala había sido entregar cierta información a Amnesty, di con la clave de mi papel en todo

este asunto. Desde que Sergio me mostró la foto de ella en el aeropuerto de Bogotá, me había estado preguntando que podía explicar que esa mujer asesinada fuera la misma que me había abordado en ese aeropuerto - sacó de su bolsillo la foto de ella en el aeropuerto de Bogotá y se la entregó - ella me habló cuando estaba a punto de pasar el control de Avianca, parecía preocupada y me pidió que le permitiera simular que formábamos una pareja, ella llevaba un cochecito con un bebé, yo me negué a ayudarla.

-¿Había un menor?

-Supe por un amigo de Malala que ese niño está bien, desconozco el nombre de ese amigo, ni tengo como ubicarlo.

En ese momento Antonio pensó que no valía la pena dar a conocer el dato que tenía de ese desconocido: su número de teléfono. Aunque probablemente ese número ya había dejado de tener relación con su propietario. En todo caso lo podían obtener desde el celular de Malala.

- Esta persona me contactó incidentalmente - continuó mientras ponía el portátil de Malala sobre la mesa -, él llamó a Malala a este celular. Aparentemente formaba parte de una red de descolgados de la FARC que desde Cartagena apoyó la huída de Malala.

- ¿Qué huída?

- Me parecía extraño que la pareja de El Chango Joaquín viniera en persona a cumplir cualquier misión de las FARC, así que cuando supe que era ella, sospeché que cualquier cosa que estuviera haciendo acá, la hacía a espaldas de la

organización. Sospeché que se había arriesgado a venir a Cartagena sin informar a sus superiores.

- ¿Qué información traía esa mujer? ¿Y que tiene usted que ver en todo esto?

- Ah, volvemos al punto - Antonio trataba de dominar la situación, a toda costa buscaba reivindicar su rol de investigador y alejarse del de partícipe que probablemente era el que más le adecuaba de acuerdo a las circunstancias. Apoyó un codo en la mesa con la mayor soltura que pudo y continuó:- Después de hablar con Claudia Greene yo ya sabía que Malala venía a traer información, pero seguía sin saber cual. Pero tuve una intuición. Ella, por alguna causa se sintió en peligro en el aeropuerto de Bogotá, de hecho llegó muy atrasada a abordar el vuelo, fue la última, yo ya estaba abordando con cierto retraso cuando se acercó a mí en la sala de embarque, podía haberse acercado a cualquier otro...

- Sea concreto.

- Bien, luego de descartar la casualidad, busqué otra explicación a la extraña circunstancia de que la misma mujer, con una apariencia obviamente distinta, me hubiera coqueteado dos días después en la Chiva Rumbera. Concluí que no había tal casualidad; ella me había buscado. ¿Por qué lo hizo? Se me ocurrió que en aquel encuentro en Bogotá quizás me había pasado, sin yo advertirlo, algo que ella deseaba proteger.

-¿Qué cosa?

- Este CD - Antonio lo depositó sobre la mesa -. No tengo una explicación clara de las razones que la llevaron a hacerlo. He pensado que sus rastreadores

estaban muy cerca de ella en Bogotá, y en un acto desesperado decidió ponerlo a salvo. Mientras me hablaba en la cola de ingreso al avión debe haberlo deslizado en el bolsillo exterior del bolso de mi computador portátil. Después de la conversación con la señora Greene recuperé el bolso que estaba en mi *locker* del salón de eventos. Ahí efectivamente estaba ese CD. Ya lo revisé, tiene todos los datos del secuestro de la candidata presidencial Sonia Bustamante, incluyendo la lista de las casas de seguridad donde la han retenido y las que contemplan usar para trasladarla durante los próximos días. Hay una esperanza para esa prisionera, creo que en las FARC ignoran el motivo de la deserción de Malala.

- ¿Cómo lo sabe?

- Cuando el amigo de Malala, quien también ignora la causa de su viaje, me contactó hoy por la tarde, le pedí que intentara enviar un mensaje a los que la habían seguido hasta aquí, el hombre mencionó a un tal Pacho.

- El cabrón que está herido.

- Supongo que debe ser ese. Le dije a la persona que me llamó, que si tenía como enviarle un mensaje a ese Pacho lo hiciera, y que le diera el número del celular de Malala. El hombre no quería hacerlo, pero lo convencí diciéndole que era la única forma de ayudarla a ella. Creo que ese hombre tenía algún especial afecto por Malala, quizás fueron amantes, cuando entendió que había peligro para ella, me dijo que sí podía enviar el mensaje.

- ¿Qué mensaje le diste? - A esas alturas El Negro había abandonado los formalismos, por lo demás luego de haberlo puteado un par de veces en el hotel, parecía natural que lo tuteara en vez de llamarlo “señor Feger”.

- Le indiqué que les dijera que yo tenía una información que Malala pensaba entregar, una información de vital importancia para ellos, le pedí que les diera el número del celular de ella, y que les dijera que si querían recuperarla debían llamar al celular de Malala a las 20:25.

- Entonces llaman y les dices que vayan a buscar la información al Decamerón. ¡Pero cómo se les ocurrió ir! Era evidente que se trataba de una trampa, además esa hora...las 20:25, bastante extraña.

- Antes de explicar eso, creo que lo más relevante es fijarse en que a pesar de todo, el hecho es que fueron, luego no tenían, y estoy seguro de que no tienen, la menor idea de que información traía Malala. Si ellos hubieran sabido que se trataba de la información para liberar a la señorita Bustamante, no habrían necesitado ir al hotel, les bastaba con reorganizar la logística del secuestro reubicando a su prisionera en otras casas de seguridad. Probablemente pensaron que se trataba de una amenaza más directa, algo que afectara al repliegue, o la contraofensiva que supongo que están preparando, o qué sé yo..., la cosa es, que lo más probable es que no sepan que lo que estaba en juego era la liberación de su secuestrada, para suerte de esa señora.

- ¿Y qué cosa los indujo a caer en algo que a todas luces parecía una emboscada?

- Bueno, pedí al desconocido que le informara a Pacho que yo era un tipo que simpatizaba con las FARC, y que por lo tanto estaba dispuesto a llegar a “un arreglo” con ellos. Además, poco antes de que ustedes llegaran, cuando Pacho llamó, le dije que los esperaba en el Hotel Decamerón, y que les entregaría la información a cambio de una pequeña ayuda para una fracción del FPMR, yo sabía que algunos ex frentistas estaban colaborando con las FARC.

-¿Y ellos se tragarón eso?

- Mi acento quizás ayudó a darle credibilidad a la historia, sumado al hecho de que para Pacho debía resultar improbable que María Laura se hubiera involucrado con una persona totalmente ajena a su mundo. Ahí aposté un poco a que ellos no sabían que el hecho de que la encontraran en mi habitación, obedecía finalmente a la casualidad de que ella decidiera abordarme a mí en el aeropuerto de Bogotá, lo que luego la llevó a buscarme.

- ¿Por qué esperaron a matarla en tu habitación y no antes?

- Lo único que se me ocurre es que al igual que ustedes, después de identificarla en Bogotá le perdieron la pista al llegar a Cartagena, probablemente alguien la ubicó en algún momento durante la parranda de anoche. Eso explicaría el hecho de que nunca dieron con su habitación en El Decamerón.

- ¿Y qué explica que no te hayan matado a ti? Por lo que tú dices, ellos pueden haber supuesto que si ella pasó la noche contigo, entonces no eras alguien ajeno a su deserción.

- Eso creo que fue suerte, suerte pura y dura. Simplemente yo no estaba ahí cuando entraron a mi habitación. Supongo que cuando ellos ya estaban adentro, y terminaron con María Laura, deben haber evaluado que no resultaba prudente quedarse esperando a que yo volviera, cualquier empleado del hotel podría llegar y descubrirlos.

Hizo una pausa para beber agua. Aprovechó de observar discretamente el rostro de El Negro, el hombre parecía molesto, pero no incrédulo.

- Tampoco tenían como saber que volvería pronto - continuó Antonio -, no podían pasar la mañana esperándome. Recuerden además, que todo parece indicar que los asesinos no sabían que María Laura venía con un objetivo bien claro, quizás simplemente la mataron por precaución, por haber desertado, y por el peligro que significaba el conjunto de información que ella manejaba, no por una información concreta que ella me pudiera entregar a mí o a cualquiera. Claro que si me hubieran encontrado en mi habitación con ella, en este momento no estaría aquí.

- Si la mataron a ella por haber desertado ¿por qué no te ubicaron para liquidarte? Es obvio que ante ellos aparecías como alguien que seguramente había colaborado con la deserción.

- No descarto que lo hayan intentado. Pero no tenían como saber mi itinerario; fui a la Bodeguita del Medio a hablar con Sergio, luego fui al Decamerón, después a la iglesia de San Pablo Clover a encontrarme nuevamente con mi amigo, luego a un bar para después ir a la cita con Claudia Greene en el

Hostal de Santo Domingo y finalmente de nuevo al Decamerón. Ellos venían rastreando a Malala, no tenían como predecir a donde podía ir yo, salvo que hubieran puesto vigilancia en el Hotel Caribe.

- Eso mismo pienso yo - interrumpió El Negro -, que te deberían haber puesto vigilancia en el hotel.

- Sí...puede que luego la hayan puesto, pero yo salí de ahí poco después de que ellos escaparan, creo que eso me salvó. Si montaron vigilancia en mi hotel debe haber sido después de que yo ya había salido, y no descarto que simplemente nunca pensaran en matarme, aceptando la hipótesis de que la mataron por desertar, quizás se quedaban conformes con eso,...con liquidarla a ella.

- Evidentemente no estaban conformes con eso, o bien intuían que había algo más o pensaron en liquidarte a ti o a cualquier otro que la hubiera ayudado. Sólo eso explica que aún estuvieran en Cartagena cuando ese desconocido los llamó de tu parte. A propósito - tomó desde la mesa el celular de Malala y se dirigió a uno de sus hombres -, rastrea el número del famoso desconocido ese y averigua quién es.

- Es cierto, por algo aún no habían huido de la ciudad - Antonio había menospreciado las capacidades de El Negro, pero por algo lo habrían nombrado encargado de la División de Seguridad en Cartagena.

En ese momento deseó que el desconocido amigo de Malala hubiera contratado el servicio telefónico móvil con nombre falso, o que estuviera ya lejos

de la ciudad, se sentía en deuda con esa persona sin nombre ni rostro. No le sería fácil escapar de El Negro.

- Y dado que se quedaron - continuó El Negro -, probablemente hicieron lo mínimo que tú mismo sugeriste: vigilar el Hotel Caribe ¿cómo se explica entonces no te jodieran hoy por la tarde cuando volviste a buscar tu computador y el CD?

- Es que nunca más volví al Hotel Caribe. Le pedí al encargado del Congreso, que aloja en el mismo hotel, que me hiciera el favor de sacar mi bolsón del *locker* del salón de eventos, y que me lo llevara al *lobby* del Hotel Decamerón. Le inventé que estaba en una reunión de negocios importante, que no podía dejar solo a un potencial cliente, y que necesitaba urgente información que estaba en mi computador. Puedes comprobarlo ubicando a Alfonso Astorga, el encargado del Congreso.

El Negro encendió un cigarrillo, se puso de pie con claras intenciones de dar por concluido el interrogatorio y sentenció:

- Te creo chileno. Igual no te vas a poder ir pronto, por lo menos no durante lo que queda de esta semana. - Tomó el CD que aún estaba en la mesa -. Por cierto ¿no habrás hecho copias de esto?

- No, ninguna - mintió Antonio con el mayor aplomo que el cansancio le permitía.

- Te tomaste bastantes molestias por esto, más de las que cualquier mortal se habría tomado. De hecho arriesgaste el pellejo, ¿no era más simple ir a dar parte a la policía?

- Tuve fuertes razones para jugármelo todo para evitar aparecer públicamente vinculado al caso, la única forma que tenía de hacerlo era intentar dar con los verdaderos culpables, además, aunque suene poco creíble, me dolía que esa mujer que acababa de conocer, muriera así,... sin que yo hiciera algo por dar con sus asesinos. Me siento tranquilo con lo que hice.

El recuerdo del tal Pablo muerto por plegarse a su plan, le quitó algo de convicción a su discurso.

- En realidad no sé si hice lo correcto,...ahora todo depende de ustedes. Les repito que para mí es muy importante evitar aparecer públicamente involucrado en este caso.

XIV

Al día siguiente disfrutó de una mañana de descanso en el Hotel Sunrise. Había tenido tiempo de visitar a Sergio en el Hospital. Luego disfrutó de un opíparo almuerzo en el Hotel, regado por abundante cerveza.

La División de Seguridad lo había trasladado hasta el Sunrise. En el Hospital le había contado a su amigo que su aporte a la solución del caso le había valido la recompensa de salvar su imagen ante sus colegas: los agentes informaron oficialmente a los dueños del Hotel Caribe, y a las autoridades del Congreso, que una heroinómana se las había arreglado para entrar a la habitación del señor Antonio Feger en su ausencia, y que había muerto por sobredosis.

En realidad poco le importaba ya si sus colegas se creían ese cuento. Igualmente lo agradecía porque le había permitido desentenderse del ese Congreso que ya bien poco le importaba, pretextando un estrés causado por el crimen.

El Negro le había dicho que tenía que permanecer ubicable en el Sunrise. Aparentemente los intereses del gobierno jugaban a su favor; les convenía ocultar por el mayor tiempo posible la muerte de María Laura y sobre todo la captura de sus asesinos, eso les daría margen para actuar si es que decidían hacer algo para rescatar a la candidata Bustamante.

Antonio había tenido tiempo de informarse en más detalle sobre la presidenciable. Era una mujer joven del partido verde, había levantado una candidatura meramente testimonial. Si la alternativa ecologista era poesía en casi todo el mundo, en Colombia era simplemente un desvarío de la política, un grito en el desierto.

Quizás eso había decidido a María Laura a abandonar su causa después de tantos años. Trató de ponerse en el lugar de ella; no era lo mismo enfrentar al ejército, o secuestrar a un inescrupuloso político corrupto protegido por matones a sueldo, o incluso entrar en tratos con el narcotráfico con el argumento de que la coca es al único sustento de los campesinos pobres, que amenazar la vida de una especie de Quijote, una defensora de causas absolutamente perdidas... y por añadidura mujer.

Se sumió en elucubraciones sobre el gran paso que había dado Malala. Le debía haber pesado el hecho de que Sonia Bustamante se adentrara desprotegida en la zona de El Caguán, antes de que irrumpiera el ejército, para llevar ayuda humanitaria a los campesinos. Además considerando que todo eso no le significaba aumentar ni un ápice las probabilidades de ganar una elección en la que los perdedores más seguros eran precisamente sus partidarios.

Probablemente otra cosa que debe haber pesado en las decisiones de María Laura, era la absoluta indefensión de Sonia Bustamante. De cuantos secuestros se habían efectuado en Colombia, ninguno había despertado tan poco interés en el

gobierno y en la opinión pública. ¿Quién podía saber? El hecho es que María Laura había tomado aquella decisión.

Por eso Antonio había decidido romper su compromiso de permanecer ubicable en el hotel. Confiaba en que una ausencia de una media hora podría pasar desapercibida, o que a lo menos podría ser razonablemente justificada si la llegaban a detectar.

Sacó del refrigerador la que podría ser su quinta cerveza del día. Pensó en llamar a Marina. Descartó la idea. Si en algo la conocía, y considerando el tono de la conversación telefónica del día anterior, un llamado suyo seguramente no haría más que acelerar la oscilación del péndulo hacia el extremo precisamente opuesto a sus intereses.

Optó por no llamarla hasta que regresara a Chile. Además, ya no había peligro alguno si ella le llamaba al Hotel Caribe, en el centro de llamadas de ese hotel había instrucciones de que le transfirieran cualquier llamado al Hotel Sunrise.

Luego de terminar la cerveza se dio una ducha y se aprestó a salir a cumplir con lo que consideraba como su último deber en Colombia.

Bajó por la escalera, pensando en que los ascensoristas quizás pudiesen ser informantes de El Negro. Le complicaba la posibilidad de tener que dar explicaciones por su salida. Descendió hasta los gimnasios y salas de máquinas que ocupaban los sótanos del edificio. Recordaba haber visto desde la calle una escalera que descendía hasta al gimnasio, proporcionando una entrada independiente al hotel.

Dio con la escalera de salida. El gimnasio estaba casi desocupado. Sólo un par de señoras pedaleaban sobre unas bicicletas estáticas, dándole la espalda a Antonio. Era el momento de salir sin testigos.

Una vez en la calle, descartó acercarse a la flota de taxis que se divisaba al otro lado de la plaza. Se alejó caminando un par de cuadras en dirección a un paradero de buses.

Una hora más tarde, Claudia Greene entró al Hostal de Santo Domingo acompañada de un hombre de aspecto hindú. Rápidamente divisó a Antonio sentado en la misma mesa que ella había ocupado el día anterior. El chileno levantó la mano a modo de saludo, ellos se acercaron y tomaron asiento uno a cada lado de él.

Antonio rompió el hielo primero.

- Hola Claudia, ¿con quién viniste?

La gringa miró a su acompañante y antes de que ella dijera nada el hombre sacó una tarjeta de presentación y se la extendió a Antonio.

- Soy Jothi Muniandi, encargado zonal de Amnesty para centroamérica y el caribe.

- Mucho gusto - replicó Antonio, mientras se preguntaba si la profundidad de la ojeras sería o no un atributo inherente de todos los originarios de la India -, tengo poco tiempo, así que seré breve: la mujer que los contactó haciéndose llamar Gianina Morel Santoro, se llamaba en realidad Inés Medina, y era conocida en las

FARC como María Laura o Malala. Ella era una dirigente relativamente alta en esa organización.

Las caras de Jothi y Claudia eran como las de quien ve a un extraterrestre. Antonio no les dio tregua.

- Ella decidió desertar hace aproximadamente una semana, más o menos cuando te contactó a ti Claudia. Su desertión parece haber sido gatillada por el secuestro de la candidata Sonia Bustamante, un hecho que a pocos parece haber importado, excepto quizás a ustedes, a sus compañeros y a sus familiares. Malala fue asesinada ayer.

Se interrumpió debido a un pequeño grito de Claudia Greene.

- Siento ser tan directo, pero en realidad tengo poco tiempo. Claudia, la información que ella te quería entregar está contenida aquí - puso un CD sobre la mesa -, en este disco está todo lo que se necesita para ubicar a la señora Bustamante. El gobierno ya tiene toda esta información. En todo caso, me temo que una de las alternativas factibles en este momento, es que ellos decidan no hacer absolutamente nada y...

- ¿Por qué cree eso? - inquirió el señor Muniandi

- Estamos a dos meses de las elecciones - continuó Antonio-, puede que para alguien sea políticamente inconveniente el rescate de esta mujer, probablemente la clase política se quede más tranquila sin que ella reaparezca en escena; no conozco bien este país, pero como buenos latinos supongo que no debe ser muy distinto del mío.

Antonio se comenzó a poner de pié y continuó hablando a modo de despedida:

- Bueno, ya tienen lo que Malala les quería entregar, y me alegro mucho de que sean ustedes los que finalmente tienen ese CD. Señores, tengo que dejarlos.

- Antonio - por primera vez la gringa sacó la voz -, ¿cómo podemos ubicarlo si lo necesitamos?

- Si regreso pronto a mi hotel, espero poder regresar a mi país dentro de cuatro o cinco días, aquí están mis datos - depositó una tarjeta sobre la mesa al tiempo que se levantaba -. Adiós, y mucha suerte.

Tiempo de alargue: Sorpresas te da la vida

*Y tropezando
se fue contando desafinado
el coro que aquí les traje
que es el mensaje
de mi canción:*

*La vida te da sorpresas
sorpresas te da la vida
¡Ay Dios!*

Rubén Blades

Pedro navaja

XV

Antonio repasó mentalmente todo lo sucedido mientras miraba un paisaje selvático desde la ventanilla del avión. Pensó en Marina, las comunicaciones entre ellos no habían estado precisamente fluidas en los últimos días. Luego recordó la despedida de Sergio y Maira en el hospital. El bueno de Sergio. Mientras se recordaba de su amigo, una jugarreta de su subconsciente desempolvó desde algún lugar de su “disco duro”, las primeras líneas de aquel poema que no había podido recordar el día del reencuentro en “La Bodeguita del Medio”:

Sigue cayendo Altazor

Seis lustros y un trébol

Y aún tus palabras electrónicas

No oradan los oídos necios...

No pudo recordar los versos siguientes. Pero ahora era menos lo que le faltaba por recordar. Seguramente cuando menos lo esperara le brotaría el resto desde alguna zona de su mollera.

Para innovar un poco respecto al ron y el whisky, pidió un gin tónica y trató de pensar en cosas que le ayudaran a sobrellevar la fuerte carga de violencia

de los últimos días. Decidió relajarse. Ya tenía en el cuerpo la dosis de alcohol necesaria para divagar. Cerró los ojos, reposó la cabeza en el respaldo y comenzó a generar secuencias de palabras, un juego que desde la infancia le servía para distraer la mente de algo que lo incomodara:

Intentó pensar sólo en palabras agradables que se derivaran unas de otras: “vid, ...vida, ...viviente,...ardiente, ... abrasante, ...abrasado, ...sediento, ...saliva, ...sal, ...seco, ...secado, ...disecado, ...amortajado. ¡No había caso!, era inútil evadirse, aún en un juego de palabras”

Pensó que al fin y al cabo eso era la vida, un entre paréntesis entre dos hechos violentos: el nacimiento y la muerte. ¿Por qué habría que extrañarse de algunas periódicas violencias intermedias? Hasta las más alegres palabras podían imperceptiblemente ir derivando palabras violentas.

Concluyó en lo importante que era intentar ser feliz con la vida, incluyendo todas sus violencias. Ser capaz de disparar a otro ser humano si era necesario, como la había hecho él en defensa propia unos días atrás, y ser capaz de amar, crear e incluso jugar, distintos juegos, entre ellos el juego de las palabras.

Horas después Antonio descendía del avión de Avianca en el aeropuerto de Pudahuel en Santiago. Su estadía en Cartagena se había prolongado finalmente a doce días en lugar de una semana.

Durante el día número diez de su ostracismo, toda Colombia se había enterado del rescate de la candidata Sonia Bustamante, gracias a una operación de las Tropas Especiales de la División de Seguridad. Al día siguiente la mujer había

ofrecido una conferencia de prensa acompañada por el encargado zonal de Amnesty International.

Luego de prestar una serie de declaraciones, todas bajo secreto de sumario, y en calidad de testigo protegido por la División, Antonio había logrado finalmente salir libre de polvo y paja.

Además había conversado con los dueños de MegaSearch en Santiago, argumentando que debía extender su estadía en Cartagena, debido a problemas judiciales derivados de que una adicta había elegido su habitación en el Hotel Caribe para suicidarse. Tenía un recorte de prensa que avalaba esa historia.

Iba pensando en la estrategia que debía seguir para acercarse nuevamente a Marina, mientras sacaba su maleta de la cinta transportadora. La había llamado el día anterior. Era la primera vez que hablaban en nueve días. Exactamente desde el día del asesinato de María Laura.

Antonio había sido escueto, se limitó a avisarle que su vuelo de regreso salía en la noche, y le dio la hora de llegada. Cuando el péndulo se alejaba lo mejor era no perseguirlo. Tampoco ella había sido muy locuaz, sólo le había obsequiado un: “Ah que bueno,... ya, yo te llamo cuando estés aquí. Chao”.

Continuó meditando al respecto al pasar por el control de los funcionarios de aduana. Atravesó la puerta automática y salió empujando el carro con su equipaje hacia el cubículo de vidrio en el que se agolpan los parientes, amigos y taxistas a esperar a los recién llegados. Entonces vio a Andrea que le hacía señas.

Antonio apresuró el paso, atravesó la puerta automática y soltó el carro para abrazarla.

- ¡Hola corazón! ¿A qué se debe esta sorpresa?

- Marina me avisó que llegabas y decidí venir a buscarte.

- ¡Gracias! ¿O sea que estamos haciendo las paces? ¿Amigos?

- Sí, claro.

- ¿Y cómo está Marina?

- Bien, se casó con Fernando hace seis días.

Antonio la miró fijamente, no supo distinguir si se trataba de una visceral reacción a la noticia que acababa de recibir, o si efectivamente su risueña amiga estaba mucho más buena y más coqueta que la última vez que se habían visto.